



## EL OJO DEL CICLÓN

Jorge Luís Sagrera

<http://www.jorgesagrera.com.ar>



[http://www.uib.es/catedra\\_iberamericana](http://www.uib.es/catedra_iberamericana)



**Número 4**  
**Colección Veracruz**

## **EL OJO DEL CICLÓN**

Jorge Luís Sagrera  
<http://www.jorgesagrera.com.ar>



[http://www.uib.es/catedra\\_iberamericana](http://www.uib.es/catedra_iberamericana)



## Depósito Legal:

ISBN: 84-7632-923-7

Depósito Legal: PM-1428-2005

Ediciones de la Fundació Càtedra Iberoamericana  
Cra de Valldemossa, Km 7.5  
07122 Palma de Mallorca

© de la edició: Fundació Càtedra Iberoamericana





---

## Índice

Desgarro Mallorquín, o cómo la vida te deja sin patria. (cuento)	5
Dádivas	8
Pasión y muerte del señor Litagusi	20
El hambre y mi hermano	27
La noche del girasol	33
La ventana	39
Oíd mortales el ruido de escritos dispersos por el aire	42
Setenta veces siete	44
Thauton, el dios escritor	51
Un acto de fe	53
Vida de perros	62



---

## Desgarro Mallorquín, o cómo la vida te deja sin patria. (cuento)

*A los inmigrantes.*

*A Mateo Sbert, combatiente en la guerra de Malvinas.*

Estoy convencido. Conservó el billete para recordarse de qué hilo había que tirar para volver a su tierra: tengo la certeza de que el abuelo, no bien puso el pie en el *P. de Satrustegui*, el vapor que partió de Barcelona para traerlo en Argentina, supo que jamás regresaría a Felanitx, su pueblo.

Casi cien años han pasado desde aquel 3 de noviembre de 1911, fecha en que Jaime Antich, un joven de 17 años, que tenía oficio labrador, se embarcaba en algo mucho más trascendente que atravesar el Atlántico en 21 días.

El billete del vapor trasatlántico está hoy en mis manos. Mi padre asegura que, por mucho tiempo, pendió colgado de un clavo en la pared del comedor. Ahora es un papel amarillento, frágil. Ajado y débil. Pero aún *habla*. Ha conseguido perdurar en el tiempo. El abuelo no. El abuelo ya no habla; sin embargo yo tengo en mis manos el hilo del cual él solía tirar para recordarse quién era, para recordarse de dónde venía.

Al dorso del billete se puede leer el menú que se les ofreció durante la travesía. *Almuerzo: Café y galleta. Comida: Potage o Sopa. Un plato de carne o pescado. Vino y pan. Cena: Sopa. Cocido o pescado. Vino y pan.* Debe haber sido un regocijo disponer de este menú, un alivio para sus tripas picoteadas por el hambre. Pero, no fue el hambre la dinámica que impulsó a mi abuelo Jaime a dejar Mallorca. La dinámica que lo impulsó a dejar las islas fue la guerra: el espanto de la batalla de *Barranco del Lobo*. El sin sentido de aquel desastre militar ocurrido en 1909, en la guerra con Marruecos.

En aquel tiempo, las calles se volvieron mudas, los pueblos se vaciaron. La gente se iba al Africa y no volvía: muchos baleares contribuyeron con sus huesos a aumentar las arenas del Sahara.

Debe confesar que esta actitud de mi abuelo Jaime, la de venirse a la Argentina para escaparse de la guerra, me avergonzaba. Hubiera preferido que emigrara por hambre, o por falta de horizontes; no por falta de valor para defender a su patria. Eso decía yo en plena adolescencia. Así pensaba, y esa *falta de valor* del abuelo se me había metido en las venas. Me perseguía: era un estigma. Yo era joven y sabía muy poco de la vida

Recuerdo muy bien lo que dijo en una reunión familiar. Acaso lo dijo en muchas reuniones familiares: mi recuerdo es vago. En aquella Navidad, alguien preguntó y el abuelo Jaime contestó: "Vine a la Argentina para escapar de la guerra".

A partir de ese día, en mi mente sólo se presentaba esta frase: "Vine a la Argentina para escapar de la guerra"; y de esa frase archivada en un rincón de la memoria, la palabra *escapar* repiqueteaba como una campana en mi cabeza.



---

Durante muchos años juzgué al abuelo a la sombra de esa palabra. En mi época de escolar, en las composiciones que hacíamos para conmemorar el día del inmigrante, escribía historias fantásticas que tenían como protagonista a mi abuelo. Jamás mencionaba el verdadero motivo por el cual había dejado su pueblo. En mis escritos siempre había un abuelo que había emigrado empujado por el hambre, o exiliado por cuestiones políticas, o para escaparle a las penas del corazón.

## II

Cuando ocurrió la guerra de Malvinas, en 1982, yo tenía 22 años. No bien se supo la noticia, el pueblo, inmediata y espontáneamente, llenó la Plaza de Mayo. Los canales de televisión transmitieron en cadena la más fabulosa de las campañas, de toda la historia argentina, destinadas a recaudar fondos. Joyas, dinero, golosinas, remedios. No solamente bienes materiales se ofrecían, la gente comenzaba a pensarse, a ofrecerse, como voluntaria.

Desde que se desencadenó el conflicto tuve la urgencia de saldar la *cuenta pendiente* del abuelo Jaime. El asma me había exceptuado de hacer el servicio militar, de todas maneras, yo sí iba a pelear por mi patria. El paso de los días fue madurando y fortaleciendo la decisión.

Fue un sábado. Estábamos en el bar comentando las últimas novedades que entregaba la televisión del estado. Cada mesa era un foco de resistencia, una trinchera que se abría para resistir al invasor. Quizá fue exceso de alcohol, o el exceso de madrugada, lo que nos decidió viajar el lunes siguiente a San Nicolás, a presentarnos como voluntarios al Regimiento de Combate 101.

Fuimos. Después de realizar el trámite de incorporación, me crucé con un soldado, tendría 18 o 19 años. Cambiamos algunas palabras. Cuando le revelé el motivo por el cual me había acercado al Cuartel, se alejó despacio y sin saludarme. En su cara había una mezcla de incredulidad y desesperación. Mucho más tarde comprendí que tenía razón en tratarme de ese modo. Mucho más tarde descubrí que no hacía falta ser un profeta, para saber lo que nos sobrevendría. Nos embarcamos el 13 de abril rumbo a las islas.

Gran Bretaña decidió invadir nuevamente las islas y reunió un importante destacamento de fuerzas, formada por dos portaaviones y unos 28.000 hombres. Pero eso no nos importaba nada: íbamos ganando. La flota inglesa inició su viaje de 8.000 millas hacia el Atlántico Sur, casi las mismas millas que había hecho Jaime en 1911 en busca de otro destino.

El Conqueror hundió el Crucero General Belgrano y murieron 360. Enseguida un misil Exocet, lanzado por nuestros aviones destruyó al Sheffield, y otra vez la euforia que nos anesthesiaba.

Un día comenzaron a llegar los muertos, demoraban en entregarlos a sus familias. Un día comenzaron a llegar los heridos, los mutilados y los locos; que escondían en oscuros galpones. En cuanto a mí, diré que



---

la humedad de las trincheras hizo estragos en mis pulmones; pero más lo hizo el obús que nos cayó cerca. Parte de mis piernas quedaron en el suelo de Malvinas.

### III

La guerra terminó, volvimos a nuestras casas. Al principio nos consideraban héroes; después, cuando las consecuencias de la guerra nos asaltaban noche y día, comenzamos a estorbar, resultábamos una presencia molesta. Poco a poco, comprobé que la guerra me dejaba sin patria; igual que le había sucedido a mi abuelo Jaime cien años atrás.

En el año '95 viajé por primera vez a las Islas Baleares, conocí a mis parientes. Una sobrina de Jaime contó que lo estuvieron esperando desde el mismo día de la partida. Supe lo difícil que para él fue emigrar a la Argentina. Se trataba de una categoría diferente de exiliado: Jaime quería seguir caminando, respirando su lugar; pero si decidía quedarse, primero debía entregar para la guerra sus manos de labrador.

Montado en la silla de ruedas recorrí Felanitx. Me demoraba en cada lugar, para decirle a aquellas paredes, a aquellas calles irregulares, que Jaime había hecho muy bien al escaparle a guerras absurdas. En aquel viaje a las Islas Baleares me reconcilié con el abuelo que eligió labrar en lugar de matar.

*Jorge Sagrera*

*San Pedro*

*sagreravilla@redsp.com.ar*



---

## Dádivas

El guardia abrió la puerta de la sala de visitas y entró. El padre Montero venía a los saltitos y bastante más atrás. Resoplaba. Hacía calor. El preso, el padre Benito, ya esperaba sentado. Los sacerdotes se saludaron con parquedad, como si estuvieran en tiempo de cuaresma.

El guardia, antes de cerrar la puerta, les advirtió:

-Disponen de quince minutos, reverendos.

El padre Benito se llevó las manos a la cara; parecía que lloraba.

-¡Reverendos qué! -dijo y soltó una carcajada.

El padre Montero, a pesar de estar sentado, trastabilló.

-¿Todavía le quedan ganas de divertirse? -dijo.

Con un golpecito del dedo índice se acomodó los anteojos que se le venían abajo entre tanta grasa y sudor.

El padre Montero andaba rondando los 70 años. Era el secretario privado de monseñor Tolengo. De chico le gustaba jugar a que era obispo. De grande, intentó todo para llegar a serlo. Hasta dejó que su vientre se hinchara de comida para que la faja morada luciera tirante, sin arrugas.

Ahora estaba molesto. No soportaba que Su Excelencia le asignara este tipo de misiones tan poco dignas de su persona. En otras circunstancias, él se cruzaba de brazos y se refugiaba a miles de kilómetros. Distancia que le proporcionaban holgadamente los cristales gruesos de sus anteojos. Pero ahora estaba molesto, fastidioso. Era la hora de su siesta y hacía calor.

-Está bien, está bien -dijo moviendo las manos como si estuviera empujando aire-. Vamos a tranquilizarnos. Eso es... Inhalar, exhalar. Bien.

El padre Montero cerró suavemente los ojos. El padre Benito lo espiaba por entre los dedos.

-Pidamos al Espíritu Santo que nos cubra con sus alas.

-Aunque sea un vuelo rasante -dijo el padre Benito.

El padre Montero, acostumbrado a yerros litúrgicos, dejó pasar la acotación.

-Sagrado Corazón de Jesús.

-En vos confío -contestó el padre Benito.

-Ave María Purísima...

-Sin pecado concebida.

-San Antonio, mediador en los asuntos difíciles...

-Ruega por nosotros.

-Bien, muy bien. ¿Ve? El poder de la oración.

-Para mí que no pasó del cielorraso -dijo el padre Benito.

-¿Qué le parece si me cuenta cómo pasó lo que pasó? -dijo el padre Montero.

El padre Benito apoyó los codos en la mesa, entrelazó las manos y sobre éstas descansó el mentón:





-Bueno, resulta que yo...

Se detuvo de golpe. Había algo en la pared.

Disculpe -dijo.

Se levantó de la silla, caminó agazapado y en punta de pie hasta la pared sin quitarle los ojos de encima a un puntito negro que se movía torpe mente. Se quedó mirando tan de cerca que parecía miope.

-¿Qué le pasa? -dijo el padre Montero.

-Una mosca...Una pobre mosca pegada a una tela de araña.

-¿Y?

-Pregunto por dos chelines y cuatro peniques: ¿puede liberarse sola? ¿Necesita los servicios de un Ser Superior?. Le advierto que los únicos Seres Superiores que veo por acá somos usted y yo.

El padre Benito miró al padre Montero y se tapó la boca con la mano.

El padre Montero se mordió el labio inferior y miró el cielorraso. Parecía que trataba de deshacerse de semillas de membrillo adheridas en sus muelas.

-Usted está más cerca -dijo, por fin.

-Tiene razón... Esta mosca indefensa depende de mí y de nadie más. La verdad es que no tiene ninguna chance.

-Bueno -dijo el padre Montero acomodándose los anteojos con un golpecito del dedo índice-, nos pusimos de acuerdo. Vayamos a lo nuestro: ¿qué le digo a Su Excelencia?

-Que fue un acto de humanidad.

La respuesta silbó como un latigazo.

-¡Cómo!

-Dije que-lo-que-hice-fue-un-acto-de-humanidad.

-¡No! Mejor dígale... Dígale a monsieur Tolengo que fue un acto redentor.

Con el paso de los años el padre Montero había perdido un poco el fuego sagrado. La modorra que produce la buena vida lo había vuelto algo escéptico. Sin embargo, reaccionó como un cruzado al escuchar al padre Benito. La cara se le infló, la piel se le puso tensa, brillaba. La vena del cuello era una morcilla. Su mirada estuvo en escena inmediatamente cuando de un manotazo se sacó los anteojos.

-¡No tiene idea del escándalo que estamos en metidos! -dijo amenazándolo con el dedo.

-Usted no entiende...

-La sangre llegó al río, mi querido inconsciente. Su Excelencia está removiendo cielo y tierra para que esto no...

-Era muy necesario que las cosas ocurrieran así.

-¡Deje de hablarme como si estuviera recitando *Las escrituras!* ... ¡Ajj! ... ¡Me ahogo!

-Era Satanás -dijo el padre Benito procurándole aire con las manos.

-¡El no era el problema! -gritó el padre Montero achicando los ojos, ¡El problema es usted! -y queriéndose acomodar los anteojos que no tenía, se incrustó el dedo en medio del ojo-. ¡La pu... !



---

-Dígalo, padre Montero. No se reprima, dígalo.  
-¡La Purísima Madre de Dios! -dijo, y se refregó el ojo con un pañuelo.

El 13 de mayo de 1984, día de la Virgen de Fátima, Jesús Benavídez hizo su aparición en la vida del padre Benito. Era una mañana fría, lluviosa, que invitaba al recogimiento y a la oración. El padre Benito se disponía a leer un pasaje de las Cartas Apostólicas que se encuentran en *El libro del pueblo de Dios*, cuando Marta, coordinadora de Cáritas, vino con la noticia:

-Un hombre se mudó abajo de un árbol -dijo.  
-¿Qué?  
-Le tiraron los bártulos a la calle.  
-A la pucha -dijo el padre Benito-. ¿Y adónde está?  
-En la ruta 181 -dijo Marta-. Es un lugar descampado. Kilómetro 6.  
-Vamos -dijo el padre Benito, y apagó la estufa.

El *Libro del pueblo de Dios* quedó abierto en la página 2404. Decía: "Son muchos, en efecto, los espíritus rebeldes, los charlatanes y seductores, sobre todo circuncisos. A esos es necesario tapparles la boca, porque trastornan a familias enteras, enseñando lo que no se debe por una vil ganancia".

En la calle el padre Benito tiritó, y se frotó los brazos.

-¿Abajo de un árbol? -preguntó.  
-Sí -contestó Marta.

Subieron al Citroen de ella y él dijo:

-Vamos.

-¡Vamos, padre Benito! Esto no es serio. Creo que va a necesitar otro tipo de ayuda... -dijo el padre Montero haciendo girar el índice en la sien.

-Sin embargo, para mí es muy serio. Mire -cerró la mano a la altura de la nariz del padre Montero-, por culpa de él aprendí a mentir alevosamente -alzó el pulgar-; a escapar de mis hermanos -alzó el índice-. Hay más, mucho más -dijo abriendo la mano-, pero no es mi deseo cansarlo.

-Frote mejor la lámpara -se quejó el padre Montero desplomándose sobre la silla-. Su deseo no fue satisfecho: me tiene hartó.

-Entonces, sigo: mezquiné los sacramentos. Robé dinero de las colectas... ¿Se da cuenta qué bajo había caído?

A los pocos meses de haber conocido a Jesús Benavídez, el padre Benito experimentaba ligeros cambios en su conducta. Una tarde, Robledo lo sorprendió detrás de la puerta de la sacristía haciendo saltos de tijera. Las manos en jarra. Los ojos bien apretados. Respiraba agitado al ritmo de "¡Un,



dos...Un, dos! ". Robledo llevaba más de treinta años de sacristán, y atribuía las manías del padre Benito al "Síndrome del primer año".

-Padre, lo busca un tal Jesús -dijo Robledo un día.

-¿Qué Jesús?

El padre Benito se ocultó detrás de la estatua de La Dolorosa. A Robledo le dio risa.

-Tranquilo, padre. Tranquilo. El Jesús que lo espera en el despacho no es el Resucitado.

-¡Por eso, Robledo, por eso! Decile a ese Jesús que no puedo, que me estoy bañando... Que venga otro día.

Y se metió nomás en el baño, pero al pasar frente al espejo no aguantó su propia mirada. Abrió la ducha y dejó que el agua corriera. Al rato escuchó un ruido extraño, como si un gato arañara la puerta.

-¿ Sí?

-Soy yo, padrecito. Lo espero afuera con la toalla... ¿0 entro, así vamos charlando?

La mañana del 13 de mayo de 1984, el padre Benito y Marta estaban seguros de que el brillo en las mejillas de Jesús Benavídez eran lágrimas de agradecimiento y emoción.

-Es poca cosa -dijo señalando las cacerolas y la cama de dos plazas-, pero es lo único que me queda. Y si de este árbol dispongo, es por la misericordia de nuestro Padre Creador... Dios lo tenga en la gloria.

-¿A quién? -dijo el padre Benito.

-A Dios -dijo Jesús Benavídez.

"Qué sentimientos", pensó el padre Benito. "Tiene una confusión tipo Torre de Babel, pero se ve que en su interior habita un ser religioso".

"Qué indefenso", pensó Marta. "Sólo le falta llevarse el pulgar a la boca".

-¿Mudarme? ¿Adónde?

-Usted no se preocupe más -dijo Marta-. Algo le vamos a conseguir.

-¿Sabe lo que pasa, patrona? Estoy cansado de ir de aquí para allá. Soy pobre, pero no me merezco estos tratos. Si pudieran conseguirme nomás una piccita. Me avergüenza pedir, pero en cuantito consiga una changa...

La dueña de la pensión miró torcido a ese trío mojado y sucio hasta los huesos, pero dijo:

"Está bien", cuando el padre Benito prometió pagarle el equivalente a dos meses de alquiler.

-¿De dónde vas a sacar el dinero? -le dijo Marta al oído.

-Del bolsillo de Dios -dijo él.

El último cacharro de Jesús Benavídez cruzó la puerta de su nuevo hogar a las diez de la noche.



---

Al otro día, temprano, Marta y el padre Benito fueron a visitar a su protegido. En la pieza una mujer con el pelo oxigenado estaba sentada en la cama, cruzada de brazos, con los pies sobre una silla metálica. Vestía un ajustado pantalón blanco, y un cigarrillo sin prender colgaba de sus labios.

-Les presento a mi compañera -dijo Jesús Benavídez.

La mujer se paró para saludar. Era robusta. Las carnes algo fofas se le movieron para uno y otro lado.

-Encantada -dijo-. ¿Tiene fuego?

El padre Benito dijo mucho gusto y que no tenía fuego.

Marta no abrió la boca.

-Soy muy buena haciendo tortas fritas -dijo la mujer.

-Lástima que no tenemos harina -dijo Jesús Benavídez dándole unas palmaditas en el hombro al padre Benito.

-...Perdí tranquilidad, perdí peso...

-Por supuesto -dijo el padre Montero refregándose con el pañuelo el ojo hinchado-.

La causa es muy simple. Está en Teología de primer año: se llama remordimiento.

-No, no... Usted no me entendió. Me refería a antes de hacer mi Acto Redentor. Ahora me estoy recuperando. Mastico a lo chanco.

-¡Escuche! -dijo el padre Montero apoyando las manos peludas sobre la mesa-. ¡Si no fuera porque soy un hombre sagrado!...

-Sí, ya sé, ya sé. Conozco su estilo. Me grabaría en el cuello sus impresiones digitales.

-Lo que va a conseguir con sus actitudes es que yo no lo ayude nada, y que Su Excelencia termine por mandarlo al Santi Cabrioli

-Lo que pasa -dijo el padre Benito- es que nosotros tenemos otra manera de vivir.

-Estoy de acuerdo -dijo Marta-. El *Documento de Puebla* advierte sobre las diferentes culturas y el respeto que se merecen.

Marta habló con un amigo que era gasista instalador, y le consiguió a Jesús Benavídez trabajo de ayudante. Jesús Benavídez trabajó medio día. Marta fue a preguntarle por qué había dejado de ir, y lo encontró con la nariz metida en una radio a transistores:

-¿Sabe lo que pasa, doña Marta? Sentí unos tirones acá atrás -dijo, señalándose la espalda con el pulgar-. Además, quiero trabajar en lo mío.

La cara de Marta era un signo de pregunta con punto y todo.

-En lo mío -repitió, y apuntó con la cabeza al diploma del "Radio Resistencia Institute" que colgaba de la pared-. Nada más me harían falta unos pesitos para iniciar la cadena.

-Hablando del Santi Cabrioli -dijo el padre Benito-. ¿Qué se sabe de Marta?



---

-Vive encerrada en su casa, día y noche se la pasa...

-Es una lástima.

-¡Sí, lástima! Lástima que lo conoció a usted -dijo el padre Montero mientras se limpiaba la grasa de los cristales con la falda de la sotana.

-No me agreda, padre Montero. Soy una persona muy sensible.

-Oh, sí. Discúlpeme. Se nota a la legua que usted tiene la sensibilidad a flor de piel.

Robledo estaba confundido. Ya iba para dos años que el padre Benito se había ordenado, y el "Síndrome del primer año" se agravaba cada día más. El padre Benito dejó de visitar a las familias de la Cooperadora Parroquial, que tampoco lo invitaban a comer. Los fieles se quejaban de la dureza de los sermones; y sus misas, antes muy concurridas, quedaron desiertas. La eucaristía, su preciado refugio, pasó a ser un mero rito. No encontraba sosiego en ningún lado. Jesús Benavídez se le aparecía hasta en los sueños.

Fueron tiempos difíciles. Era como vivir en un eterno Viernes Santo. Escapando de Jesús Benavídez fue sorprendido por los vecinos detrás de las puertas de oscuros zaguanes. Ante la aparición inesperada del dueño de casa, el atribulado padre Benito improvisaba:

-¿Hay algún enfermo acá?

-¿Detrás de la puerta? -preguntaba el dueño de casa.

-No, busco la imagen de San Camilo. Veo que no tiene. ¿Le consigo una?

En más de una ocasión escapaba por el fondo de la casa parroquial. En esas incursiones saltaba tapias, y sus pantalones se llenaban de agujeros. Sobornaba con caramelos *Media hora* a feroces perros guardianes, y jardines babilónicos perecían bajo sus zapatos. Fueron tiempos difíciles, como aquella vez que confesó seis veces a Matilde -solterona que olía a cebolla frita-, cuando se dio cuenta de que Jesús Benavídez lo esperaba en la cola del confesionario.

-¿Cree que exagero, padre Montero? Quisiera haberlo visto en mis zapatos -el padre Benito echó la cabeza hacia atrás y miró debajo de la mesa-. Parecen dos tartas gallegas -dijo-. ¿Cuánto?

-¿Cuánto qué?

-Cuánto calza.

-Siga divirtiéndose, siga... Usted pretende justificar su acto macabro, pero la verdad es que no le dio ninguna oportunidad a ese pobre infeliz.

-¿Quién pobre infeliz? ¿Quién no le dio oportunidad? Padre Montero: usted todavía ve la realidad a través de los vidrios esmerilados del seminario.



---

-Jesús, se nos hace cuesta arriba seguir pagándole el alquiler -dijo el padre Benito.

-¡No ve! -dijo Jesús Benavídez-. ¡No te digo yo! Pero si la Carmen me lo decía y yo no... ¡La Iglesia siempre es la misma! -se sentó en la cama-. Pensar que yo los defendía: "No, Carmen, esta gente es distinta. Se sienten bien ayudando a los necesitados". ¿Sabe? -miró al padre Benito-. Me pidió perdón. "Yo estaba muy desengañada con los curas y las monjas", me dijo en un mar de lágrimas ... Y la pobrecita había empezado a misionar en el barrio. Ahora le voy a tener que decir: Carmen, vos tenías razón. Al final son todos iguales.

-Usted no se esfuerza mucho que digamos -dijo Marta.

-Mire, doña... ¡Parecen políticos, che! ¿Son o no son la Iglesia de los pobres?

-Espere -dijo el padre Benito-. La Comisión de Finanzas se dio cuenta de que sacamos dinero para el alquiler...

-Seguro que tienen más guita que en el Vaticano.

-No crea -dijo el padre Benito-. En las colectas la gente pone botones, boletos... No se aflija. Con Marta habíamos pensado gestionar en la municipalidad un terreno fiscal.

-Felicitaciones, Jesús. Aquí tiene el Certificado de Posesión.

-Está un poco lejos, ¿no? Dígame, padrecito don Benito, ¿no le dijeron si a un kilómetro más allá está la frontera con Bolivia?

-Cáritas nos prestó la bloquera -dijo Marta.

-Veo que para ustedes todo parece estar muy bien -dijo Jesús Benavídez rascándose la cabeza con la cuchara de albañil.

-Más que muy bien -dijo el padre Benito.

Jesús Benavídez miró a uno y otro lado como si estuviera buscando algo:

-¿Y los materiales? -preguntó.

-¿Qué pasa con los materiales?

-Eso pregunto yo, ¿qué pasa? ¿O piensan que voy a vivir en una casa de adobe?

-Usted no tiene cara -dijo Marta.

-Y usted no tiene educación, m'hijita -dijo Jesús Benavídez, y se fue haciendo eses en su bicicleta destartalada.

-Con este tipo le erramos -dijo Marta.

-Puede ser -dijo el padre Benito-, pero ¿vamos a ayudar nada más que a quien nos cae simpático?

Marta dejó de frecuentar el despacho parroquial.

-Me voy -dijo un día.

-Ah, qué bien -dijo el padre Benito-. Con que abandonando el barco, ¿eh? Seguro que no te acordás de la lectura en la que el Señor le dice a Pedro que navegue mar adentro y tire...



---

-Mirá, Cristóbal Colón: si vos querés navegar, buscate otro Punzón.

-Pinzón.

-Cualquier colectivo me deja bien. Yo me voy.

-¡Padreciito, gusto en veerlo!

El padre Benito saludó con la cabeza.

-Le presento a un amigo -dijo Jesús Benavídez, y guiñó un ojo.

El muchacho se tiró de rodillas al suelo y comenzó a besar las manos del padre Benito. Parecía Chirolita, el muñeco de Mister Chasman. El ventrílocuo, naturalmente, era Jesús Benavídez.

-¡Qué tragedia, Dios mío, qué tragedia! -dijo Jesús Benavídez golpeándose el pecho, como si estuviera rezando el "Yo pecador" -. ¿Cómo pueden ocurrir estas cosas?

-¿Por qué? ¿Qué pasa? -preguntó el padre Benito mientras se secaba el dorso de las manos con el pantalón.

-El pibe se quedó sin laburo.

Chirolita decía "Sí" con la cabeza.

-Ocho hijos... Ni para la leche tienen.

Chirolita decía "No" con la cabeza.

-Mire cómo sufre.

Chirolita se tapó la cara con las manos. Se convulsionaba.

-Nos reunimos todas las tardes a rezar por él, por sus ocho hijos y por sus dos mujeres.

-¿Dos? -preguntó el padre Benito.

-Pero el pibe está arrepentido...¿No es cierto, pibe?

Chirolita tiró los mocos para adentro y dijo "Sí" con la cabeza.

Jesús Benavídez dio un suspiro largo. Dijo: "Es una cuestión de equilibrio universal", y se quedó mirando los lomos de los libros de la biblioteca. El padre Benito se puso a jugar con un hilo suelto de la malla del reloj. Chirolita se refregaba los ojos como si tuviera sueño.

-¿Sabe en qué estaba pensando? -dijo súbitamente Jesús Benavídez.

-No -dijo el padre Benito-. No sé.

-En las actitudes que Jesús, Nuestro Maestro y Señor, tenía con los más desamparados. Surge de mi memoria como la catarata del Iguazú ese pasaje de la Santa Biblia donde Jesús Nuestro Maestro y Señor se compadece de la multitud hambrienta, y ahí nomás, en un abrir y cerrar de ojos, consigue comida para cien mil hombres.

-¡No eran tantos! -dijo el padre Benito.

-Es notable. Primero les da de comer, o sea pan material, y recién después, pero muy después, les habla de Dios. O sea, lo que yo interpreto como pan espiritual... Qué notable.



---

Chiolita tenía la cabeza inclinada y las manos recogidas en el pecho.

-Sí, es muy notable -dijo el padre Benito-. La charla es muy interesante, pero tengo que ir a ver a un enfermo.

-Y como le decía, después rezar nos quedamos de a picar algo.

-Fenómeno -dijo el padre Benito -.Y el enfermo se está por morir.

-Cada uno lleva alguna cosita, pero como él no tiene laburo, pensé que usted le podría adelantar unos pesos.

-¿Adelantar qué? -dijo el padre Benito-. Si no es mi empleado.

-El se negaba. No quería saber nada de nada (Chiolita decía "Sí" y "No" con la cabeza). Yo le dije: "Esta gente es muy buena, nunca me han negado nada". Me costó convencerlo (Chiolita asintió). Con toda humildad: creo haber recuperado para la Iglesia a otra oveja perdida.

-¿Quieren que les diga algo? A mí me parece que ustedes se confundieron de corral.

-Espere. No se me ponga así -Jesús Benavídez lo empujó discretamente hacia un rincón-. Ya sé lo que está pensando -le dijo al oído-. Pero este pibe viene de desengaño tras desengaño. Si a usted le parece que no...Y bué, no.

-No es una cuestión de sí o no, estoy cansado de que me pida cosas.

-Lo entiendo perfectamente, pero piense esto: yo me siento humillado cada vez que vengo a pedir.

-No da esa sensación.

-Lo que pasa es que finjo para no dar lástima.

Al día siguiente el dúo volvió al despacho parroquial.

-¡Padrecito don Benito! ¡No me diga que estaba por salir!

-Sí, sí. Justamente tenía que ir a visitar a un enfermo que se está muriendo.

-¿Otro más? -dijo Jesús Benavídez.

-Así que ahora agarro el misal. ¿Ve? Este es el misal. Los documentos del auto tienen que estar por acá...

-¡Jau! -dijo Chiolita.

-Ah, ¿habla? -dijo el padre Benito.

-Se siente cómodo con usted. Es difícil resistirse a su encanto, padrecito. Usted tiene tan buen carácter.

-Cada vez menos.

-No veo a su señora. ¿Cómo anda?

-Ya le dije que no tengo.

-Qué no va a tener -dijo Benavídez, y lo codeó a Chiolita.

-Qué no va a tener -dijo Chiolita agarrándose un costado.





---

-Estos curas son unos...

-Son unos...

-Anda muy bien lo nuestro -dijo Jesús Benavídez.

El padre Benito se pasó la mano por la cara, desde la frente al mentón. Bajó por la nuez de Adán. Siguió por el pecho hasta las pinzas del pantalón. Se sacó una pelusa.

-Anda muy bien -repitió Jesús Benavídez-. Anoche unos muchachones nos ayudaron con los rezos. Son de un templo umbanda... Usted está a favor del ecumenismo, ¿no?

-Pero esto, nada que ver -dijo el padre Benito.

Chiolita decía "Sí" con la cabeza.

-Tiene que conocerlos, padrecito. Es gente de corazón grande como el suyo. Nos decían: "La verdad es que da gusto encontrarse con católicos como ustedes dos". Uno nos comparaba con San Roque por...

-Me imagino -se dijo a sí mismo el padre Benito-. Uno es el perro y el otro la rabia.

-Claro -dijo Jesús Benavídez-. Por la fidelidad que tenía el perro con don Roque.

-San -dijo Chiolita.

-Can -dijo Jesús Benavídez.

-San Roque -dijo Chiolita.

-Sí, ese. San Roque, un gran ejemplo. Mire que compararnos a nosotros dos. Yo les decía: "Lo poco que soy se lo debo al padrecito don Benito". Hablé muy bien de usted.

-Yo también -dijo Chiolita.

-Después de cenar, estuvimos pensando en alguna forma de recaudar dinero, ¿vivo?, para ayudar a gente que lo necesita.

-Magnífica idea -dijo el padre Benito.

-Te dije que nos iba a apoyar.

-Sí, me dijiste.

-Organizamos una cena show. Pensamos que usted podría colaborar comprando una tarjeta. Atrás está el menú. Hay que llevar cubiertos y lo que vaya a tomar... Veinte.

-¿Veinte qué?

-Veinte pesos.

-Es una barbaridad.

-Se encarece por el show. Además, esto es una confidencia, hay un par de cosas que se van a sortear.

-¿Pero acá dice a beneficio del templo umbanda? -dijo el padre Benito señalando el dorso de la tarjeta.

-Eran los únicos que tenían sello -dijo Jesús Benavídez.



---

-Seamos honestos, padre Benito -dijo el padre Montero mientras se levantaba de la silla-. Está tratando de justificar su actitud.

-A la Biblia me remito, padre Montero. Si mis neuronas no están acalambradas como las suyas.

-Se las va a tener que arreglar solo.

-Existen numerosos pasajes del Viejo y Nuevo Testamento, donde los hombres de Dios, reyes o profetas recurrían a la fuerza o a la violencia para restablecer el orden. Baste recordar cómo el joven David derriba con su honda a Goliat, y luego, con la espada del gigante, lo decapita frente a las miradas de estupor del pueblo filisteo. O cuando el mismo David ingresa y violenta un lugar sagrado para robar para él y sus soldados el pan de las ofrendas. O cuando Jesús, harto de los vendedores y cambistas que había en el templo, derriba las mesas con el dinero y destruye las jaulas de los animales destinados al sacrificio.

-Se está acomodando la palabra de Dios a su conveniencia. Dios lo perdone.

-Mi querido padre Montero.

El padre Benito caminó hacia la pared, y como si estuviera haciendo un acto sublime, despegó la mosca de la tela de araña. La mosca se puso a volar en círculos, enloquecida.

-Dios siempre se las arregla cuando nos quiere decir algo. Ayer tuve que ir a Rosario por unos trámites en la Curia. En el semáforo de Ovidio Lagos y Avenida Pellegrini, una nenita vino a ofrecerme diez bocaditos *Holanda* por un peso. "No", le dije de mal modo. "Quince por un peso", dijo ella, como un robot. Cerré la ventanilla. Me golpeó el vidrio. "Veinte por un peso", insistió. "¿Qué es esto? ¿Se hace negocio con la pobreza?" Arranqué sin esperar la luz verde. Con el espejito de la puerta toqué la caja de bocaditos. Quedaron desparramados en la calle. En cada semáforo rojo, brotaban chicos que se peleaban por venderme sus bocaditos *Holanda*. Tenían en la cara la sonrisa elástica de Jesús Benavídez. Comenzó a faltarme el aire. No pude seguir manejando. Estacioné el auto y me eché a llorar. "Dios mío, estos chicos son los Jesús Benavídez de mañana", me decía.

-Me voy -dijo el padre Montero asomando la cabeza por el pasillo-. Se imaginará qué voy a decirle a monseñor.

El padre Benito se sentó y siguió hablando a la silla que había quedado vacía:

-Terminados los trámites, volví. En la ruta me pasó algo muy desalentador. En el ángulo superior izquierdo del parabrisas aparecieron decenas de chicos con bocaditos *Holanda*. No querían vendérmelos; sólo me miraban y sonreían. La sonrisa elástica de Jesús Benavídez. Prendí el limpiaparabrisas; les tiré con la gamuza; toqué bocina. No se iban. Me sentía enfermo y tirité todo el viaje. A duras penas pude llegar. Confiaba que al entrar en San Pedro desaparecieran, o al menos dejaran de reírse. Crucé la barrera y nada; siguieron ahí. Estaba por llegar a la casa parroquial cuando vi venir a Jesús Benavídez haciendo eses en su bicicleta destartalada. "Inconsciente. De contramano, y encima haciendo eses", pensé. En ese momento, en el preciso instante en que terminaba de pensar eso, una fuerte ráfaga de viento vino desde el cielo. El auto se estremeció y una diáfana presencia se apoderó del vehículo. El volante giró



---

violentamente y se zafó de mis manos. Mi pie bombeaba el aire. El acelerador había sido chupado por el pavimento. Nos separaban veinte metros. Me reconoció. Agitó el brazo. Se reía...

A los chicos se les borró la sonrisa. Lloraron un instante y desaparecieron.

Los de la funeraria trabajaron mucho, pero no pudieron destrabarlo la mandíbula. Parecía que se estaba riendo de todos en su propio velorio.

*Jorge Luis Sagrera.*



---

## Pasión y muerte del señor Litagusi

Ella entró a la municipalidad. Se llevó el cabello de la frente para atrás, con los dedos, como si fuera un peine. Con la otra mano se cerró el gabán amarillo que se abría porque no tenía botones. Era el mes de mayo y ya empezaba a hacer frío, pero ella debajo del gabán sólo llevaba puesta la ropa interior. Tenía el cabello duro y separado como los dientes de un tenedor, la cara sucia y el gabán raído, pero aún así era hermosa.

Caminó por los pasillos siguiendo las flechas que indicaban cada oficina hasta que desembocó en la de Reclamos. Se paró delante del mostrador y mirando por sobre los hombros del empleado que atendía al público se puso a silbar: “Para cuando joven”. El que estaba primero en la cola le echó una mirada inquisidora. El que atendía dejó de hacer cruces y sellar en el formulario y se la quedó mirando por encima de los anteojos.

-Señora, tiene que esperar su turno- dijo, tratando de contener la risa.

-Ya esperé, joven- dijo ella, como si responder eso fuera la cosa más natural del mundo, y siguió mirando hacia el sector donde estaba trabajando el resto de los empleados.

Cuando divisó a Litagusi saltó por encima del mostrador y se fue derecho hacia su escritorio. Él achicó los ojos porque hacía veinticinco años que no la veía y le costaba entender:

-¿Marita Casablanca?

-¡Guau, guau!- dijo ella y volvió para el lado del mostrador.

En el año 1966, aconsejados por el médico, Marita y su padre se habían venido a vivir a San Pedro. Él había sido un notable cirujano, pero la muerte de su esposa lo hundió en la depresión y le aceleró un incipiente mal de Parkinson que no le permitía operar. En la clínica Constitución le ofrecieron trabajo. No le pidieron currículum ni el motivo por el que había resignado su cargo en el Hospital Italiano. Marita tenía que terminar el secundario, por eso se anotó para cursar 5º año en el Colegio Nacional. A Litagusi le parecía bien que el papá la llevara y la fuera a buscar al colegio. (Según lo contó Butiche tiempo después, Marita se hacía acompañar por su papá para mantenerlo ocupado). El primer día de clase ella, al entrar en el salón, tropezó con una madera suelta del umbral y fue a parar con carpetas y todo arriba del pupitre de Litagusi.

-Buen día- dijo ella y le obsequió una sonrisa. La noche de ese mismo día Aníbal Litagusi se acostó más temprano que de costumbre, pero no pudo dormirse (no quiso) hasta las seis de la mañana. El incidente del tropezón y la sonrisa (sobre todo la sonrisa) se sucedían una y otra vez. Pensaba que esa sonrisa debía significar algo muy importante porque, desde que él se acordaba, jamás una chica le había sonreído así. A los pocos días comenzó a sentirse extraño, con una audacia que lo empujaba a hacer cosas destinadas o otros. Por ejemplo, en la prueba de resistencia de los doce minutos, Litagusi aventajó por más de diez metros a Toti García, el atleta del salón. Las chicas, sentadas en la tribuna, esperaban su turno para la misma prueba. Litagusi pensaba que Marita estaría asombradísima de ver que él, no obstante



---

ser uno de los más estudiosos del curso, también era un gran deportista. En cada nueva vuelta sentía que el corazón iba abarcándole todo el cuerpo. Le latía en la cabeza, en las piernas... pero no aflojaba el paso. “Es por vos, es por vos”, se repetía para darse ánimo. Quedaba un minuto para terminar la prueba, y hasta el profesor de educación física, que desde primer año lo había bautizado “Glóbulo Blanco”, lo alentaba: “¡Vamos Litagusi, ese es mi pollo!” Litagusi giró la cabeza para mirar por dónde venía Toti García. Desde la tribuna bajó una ovación ahogada. Volvió la vista al frente, y se topó con el poste del arco: quedó abrazado al poste más de doce minutos. Volvió en sí sacudido por una voz metálica: “¡Mirá que sos papa, Glóbulo Blanco!”. La decepción duró poco: mientras Butiche lo ayudaba a levantarse, Marita le tocó la cabeza, consolándolo:

-No importa- dijo ella -. Igual estuviste muy bien.

Después Butiche le explicó que ese calor que le venía desde adentro y lo empujaba a hacer cosas increíbles era amor.

-Pero tené cuidado- agregó -, lo increíble y lo estúpido son primos hermanos.

-No entiendo- dijo Litagusi.

-Claro: si querés ser héroe no mires para atrás. Hay que evitar que se te cruce otro poste.

El papá de Marita se acordaba cada vez más seguido de su esposa. Las cosas se complicaron cuando empezó a encontrarla sentada a la mesa de la cocina o tendida a su lado en la amplia cama matrimonial.

De la puerta del consultorio quitaron la chapa de cirujano y colocaron una de médico clínico.

Un domingo a la noche llegó a la clínica un muchacho con apendicitis. No podían ubicar al cirujano. El padre de Marita, que estaba de guardia, sugirió esperarlo de todas maneras. Le dijeron que no, que el muchacho corría riesgo de una peritonitis. Él dijo: “Está bien” y pidió que dispusieran todo para la intervención. Después se deslizó hasta el bar de la esquina. Al entrar al quirófano las manos no le temblaban tanto. Sin embargo, le hizo al paciente un corte extra de diez centímetros.

Marita, en un recreo, le contó a Litagusi lo que había pasado. También le dijo que ya tenía todo arreglado para mudarse a otra ciudad. Él en ese momento hubiera querido decirle que pasara lo que pasase nunca la iba a dejar sola, pero pensó: “Qué le puede importar que le diga eso, si la realidad se le está cayendo encima como si fuera una cornisa vieja”. El verdadero motivo era que estando con ella se sentía inmovilizado por su sola presencia.

A la salida del colegio le preguntó a Butiche:

-¿Te parece que se lo diga el quince?

-¿En el baile de graduación? Yo no esperaría- dijo Butiche -. Hay tanto buitre suelto...

El 15 de noviembre Litagusi almorzó dos manzanas. Su madre le insistió, pero él no quiso comer la polenta con cueritos de cerdo y repollo que ella había preparado para homenajearlo. En el baile no quería tener ni mal aliento ni revoluciones en el estómago. Se bañó a las 3 de la tarde y salió al patio a



---

tomar sol. A las 3.15 no aguantó más y se puso debajo de la parra a lustrar los zapatos marrones. Después fue hasta la habitación a preparar la ropa. Se midió los pantalones que la tía Piqui le había alcanzado a la mañana. Le quedaban cortos.

-Me quedan cortos- le dijo a su madre-. Mejor me pongo los grises.

-¿Saco marrón con pantalones grises?- dijo ella horrorizada -. Tenés menos gusto que un helado de plomo. Para mí te quedan bien. Bajátelos un poco- ordenó.

-Se me va a estrangular la cadera- dijo él.

-Tengo una can-can justo del color del pantalón... Además, pensá cómo se va a poner la pobre tía Piqui si no te ve con los pantalones que eran del tío.

Mientras se bañaba por segunda vez en el día, Litagusi se imaginaba en el baile rodeado de varias compañeras. Su conversación era ágil, divertida. Una chica de 4º año lo invitaba a bailar, y él le decía que en un momento iba. De repente Marita surgía de la multitud, radiante, más linda que nunca, con el pelo pienado con una raya al costado y sostenido a los lados por dos hebillas que dejaban despejadas las orejas, como a Litagusi le gustaba. Había poca luz. Los ojos grises de Marita destellaban como los de una gata. Ella se interponía entre él y las compañeras, y le decía: “Necesito hablarte. ¿No te das cuenta de que estoy loca por vos?”.

El picaporte empezó a agitarse. Sin embargo, la puerta no se abría: Aníbal había puesto la llave.

-¿Qué se te dio ahora por cerrar la puerta con llave?- dijo una voz que no era la de Marita.

-¿Quién es?- preguntó él con los ojos cerrados para que no le entrara champú.

-¡Quién va a ser!- dijo la voz -. Soy tu madre. Tu madre. ¿Hasta qué día vas a estar en el baño?

Terminó la entrega de diplomas y empezó el baile. Litagusi bailó el vals con su madre y después con la tía Piqui , y después otra vez con su madre. Marita bailó con su padre, que se fue a sentar enseguida: tiritaba como si tuviera frío.

-A ese hombre que tiembla todo, el fotógrafo no quiso sacarle la foto- le dijo la madre a Litagusi al oído -. Para mí que está borracho.

-No- dijo él -, tiene Mal de Parkinson.

-Está borracho- insistió ella en un tono que daba por terminada la conversación.

Toti García bailaba con Marita.

Butiche, que bailaba con una chica de 4º, giró por detrás de Litagusi y le tocó el hombro.

-Vení- dijo -. Te di una manito –la lengua se le resbalaba; olía a sidra caliente-. Le dije a Marita que estás reloquito por ella ... ¡No sabés cómo se puso el Toti!

Al rato Litagusi pudo escabullirse de los brazos de su madre y de las efusividades de la tía Piqui y salió a buscar a Marita entre la gente. Toti garcía se asomó por encima de un grupo de compañeros y le gritó: “¡Aníbal, bajalos a tomar agua!” El grupo que rodeaba al Toti se rió. Litagusi se miró las botamangas del pantalón. Como no sabía qué decir sonrió, y muerto de vergüenza siguió caminando sin dirección. Se detuvo detrás de una columna, se puso las manos en los bolsillos y empujó con fuerza hacia



---

abajo: nada; el pantalón estaba atascado. Al pasar frente al espejo del salón de actos, donde las chicas se hacían fotografiar, comprobó que ni los pantalones de su finado tío ni las can-can de su madre podían disimular sus tobillos huesudos; también notó que, como estaba muy nervioso, la caspa había comenzado a caerle sobre los hombros del saco marrón, igual que copos de nieve.

Eran las 5 de la mañana y él seguía detrás del escenario. Protegido por la penumbra se había quedado ahí, sentado sobre un cajón de cerveza. Tenía los brazos cruzados sobre las rodillas, la frente apoyada en los antebrazos y los ojos cerrados, pero no dormía.

La madrugada del 17 de noviembre, con los muebles en el camión de mudanzas, Marita y su padre partieron hacia Santa Rosa.

Litagusi estaba a seguro de que Marita le iba a hacer llegar la nueva dirección. Todas las mañanas, mientras su madre le preparaba el desayuno, disimuladamente se deslizaba hasta el living con la esperanza de encontrar una carta debajo de la puerta. A la semana de este ritual su madre le preguntó:

-¿Esperás carta de alguien?

-Tal vez escriba algún compañero- dijo él.

-¿Para qué van a escribir, si todos viven en San Pedro?

-No, todos no. ¿Te acordás de esa chica que el padre es médico?

-No, la verdad que no- dijo ella, que sí se acordaba.

Cuando Litagusi se fue a trabajar, su madre se encerró en el baño para leer la carta que había llegado a la mañana temprano.

“... Y papá dejó de trabajar. Casi no me muevo de su lado. A veces creo que los pulmones me van a estallar. Menos mal que te tengo a vos... Te amo”.

La madre de Litagusi rompió la carta, la tiró al inodoro y apretó el botón. En uno de los pedazos que flotaba sobre el remolino de agua alcanzó a leer: “...Te amo”. “No es edad para que mi hijo tenga amores con nadie”, dijo indignada. Revisó que ningún pedazo estuviera pegado en el inodoro. Se aferró al escapulario de San Antonio que llevaba prendido en la combinación, y recordó los sermones del padre Licurgo: “El demonio puede presentarse bajo las formas más insospechadas”. Ella, militante de la Legión de María, imaginó estar en los albores de una Cruzada Santa. Fortalecida por ese pensamiento, siguió interceptándole la correspondencia a su hijo.

Litagusi y Butiche habían sido compañeros en el Nacional. Juntos habían rendido el examen para entrar a la municipalidad, y ahora eran vecinos de escritorio en la oficina de Reclamos. Al principio Butiche estaba harto de que Litagusi volviese a preguntarle qué le había contestado Marita la noche del baile de graduación.

-Ya te lo dije ayer- se quejaba Butiche.

-No importa, necesito escucharlo hoy.

Butiche resolplaba, miarba de reojo a la oficina del jefe y aflautando la voz decía:



-Era hora.

-¿A vos te parece que ella es hermosa?- preguntaba Litagusi por enésima vez.

-Psé- respondía Butiche sin dejar de hacer bailar los dedos en la calculadora.

-¿No te parece raro que se haya fijado en mí?

-Lo que me parece, es que fuiste un gil. Andá a saber dónde vive ahora.

-Si me quiere me va a venir a buscar- se defendía Litagusi.

-Lo mismo debe haber pensado Marita esa noche- decía Butiche.

Durante tres años las conversaciones relacionadas con Marita eran muy comunes entre los dos. A Litagusi, que era como una madera que ya ardió una vez, le bastaba con la sola mención de la palabra “Marita” para encender la llama que le daba ánimo para seguir esperándola. Un día Litagusi dejó de preguntar. Era como si se encontrara en otra etapa del amor.

-¿Qué te pasa que no hablás de Marita?- preguntó Butiche.

-Ya van para tres años y no hay noticias- dijo Litagusi -. No puedo pensar mi vida sin ella.

-El sábado podemos ir a Paraná- sugirió Butiche -. Vienen los Wawancó.

Litagusi accedió con desgano. Ese baile fue el primero y el último. (“¿Viste?, yo te dije”, le dijo la madre que lo esperó despierta.) Cuando a instancias de Butiche se animó a cabecear a una chica (Butiche le dijo que si Marita lo veía bailando con otra se iba a poner celosa como una leona), equivocó de lado la seña, indicando con ese cabeceo que quería ir con ella al reservado. La chica le dijo a su madre; la madre byscó al policía (tardó en ubicarlo; finalmente lo encontró vigilando en el sector de cantina), y éste condujo a Litausi hacia un lugar apartado y le cacheteó los testículos con el dorso de la mano. No bien recuperó el aire y pudo enderezarse, se volvió solo a su casa. Lloraba como un chico.

Marita seguía escribiendo con regularidad tres o cuatro cartas al año. El 6 de enero de 1971, un aviso de certificada asomaba por debajo de la puerta. La madre de Litagusi vio la tarjeta color rosa, dejó lo que estaba haciendo, manoteó la bolsa de los mandados y salió.

Mientras bajaba las escaleras del correo observó que la carta tenía el matasellos del Capital federal. Había salido con la bolsa de los mandados, pero la ansiedad le cambió el rumbo y la empujó hasta el baño de su casa. Le echó llave a la puerta, levantó la tapa del inodoro y se sentó como para orinar. Las manos le temblaban. Tardó en abrir ese sobre de papel manila que parecía hecho a mano.

“... estar internada no es lo mejor que me ha sucedido en la vida. Ojalá me curen pronto esta manía que tengo de andar con la lengua afuera y jadear como si fuera una perra cansada. Estoy muy mal. Tengo la sensación de estar escribiendo cartas a alguien que no existe. Por favor, escribime”.

La madre de Litagusi deslizó las nalgas hacia atrás, hizo un bollo con la carta y la tiró por entre sus piernas. Ya que estaba ahí, aprovechó para orinar.





---

Marita Casablanca dejó de escribir con tanta frecuencia. La última carta era del 22 de noviembre de 1976. Las letras parecían rasguños de una gallina. La madre de Litagusi tuvo que volver a leer la solapa del sobre para comprobar que se trataba de la misma persona. Esa mujer que había estado escribiendo en los últimos diez años. Se convenció más que nunca de que las cloacas habían sido el mejor destino de esas cartas. Ese día comenzó una nueva novena a San Antonio, esta vez de agradecimiento a los favores concedidos.

La gente que esperaba en la oficina de Reclamos retrocedió hasta la puerta, pero ninguno se iba.

Marita Casablanca sacó un sello del cajón del mostrador y lo estampó en un formulario. Para leer lo que decía se acercó hasta tocar el papel con la nariz. Como movida por un resorte llevó la cabeza para atrás.

-No- dijo -. Este no es- y lo tiró por encima del hombro.

Sacó otro sello, y también lo estampó en el formulario.

-Este no es- volvió a decir, y también o tiró hacia atrás.

Los empleados se atrincheraron debajo de los escritorios y el cadete detrás del perchero.

Litagusi había quedado solo en el medio de la oficina como si fuera un mueble más.

-¡Este!- dijo Marita.

La lluvia de sellos paró.

Ella se sacó el gabán amarillo y la ropa interior, y sobre su cuerpo desnudo comenzó a estamparse el sello que decía: “Trámite cancelado”.

Butiche salió rápido de abajo del escritorio. Intentó sacar a Litagusi de la oficina.

-Vamos- le dijo con suavidad -. Está enferma.

Litagusi seguía con la mirada fija en Marita.

-Es una broma, ¿no es cierto?- le preguntó.

Ella lo miraba y sonreía como quien está soñando un sueño dulce.

-Decime algo, por favor- dijo Litagusi desconsolado.

-Yogurt para beber- dijo ella.

La vinieron a buscar del hospital. También vino la policía.

-Me entrego sheriff- dijo ella, y le guiñó un ojo -. Soy culpable de todo.

Litagusi se sentía aturdido. El corazón parecía querer abarcarlo todo el cuerpo. Le latía en la cabeza y en las piernas. Miró a su alrededor y, sintiéndose acosado por cientos de ojos, fue a encerrarse al baño.

Eran las 14.20 y él seguía en el baño. La mujer que hacía la limpieza le preguntó si le faltaba mucho. La madre de Litagusi miró el reloj de la cocina. Eran las dos y media, y estaba contrariada: de la



---

cacerola salía olor a quemado. Apagó la hornalla, se echó una manta sobre los hombros y salió a buscar a su hijo. No iba a permitirle que por culpa de él hubiera que tirar el guiso.



---

## **El hambre y mi hermano \***

En esta ciudad somos de poco comer, todo el mundo lo sabe. Lo que nadie sabe es por qué comemos poco. No hay libros, ni documentos, ni siquiera un manuscrito amarillento que pruebe que nuestra alimentación, en otras épocas, haya sido diferente de la que hoy tenemos.

En esta ciudad nunca nadie pasó hambre, excepto mi hermano. (No hay por qué alarmarse: este fue un caso aislado que la gente, para su bien, ha comenzado a olvidar). Resultaría inútil que de otras localidades vecinas mandaran comida. Se echaría a perder. No nos daría lástima el ver cómo se la tiran a los chanchos.

Ninguno se había puesto a pensar qué cantidad de alimentos nos metíamos en el estómago hasta que pasó lo de mi hermano.

Mi familia está compuesta por papá, mamá, mi hermano y yo. Eramos una familia perfectamente normal, como todas las de esta ciudad. No había ningún motivo, ninguna señal que nos alertara respecto a lo que iba a suceder. "Me parece injusto que nos echemos la culpa", le decía papá a mamá. "¿Acaso tu otra hijo (por mí) hace cosas que nos avergüencen delante de la gente?".

Papá y mamá no recuerdan en qué momento empezó todo. Yo sí: fue en un almuerzo. Ese día mi hermano terminó rápido su comida. A mí me sorprendió porque él siempre hacía un rito de cada bocado que se llevaba a la boca. Pero aquella vez tragó. Vi en sus ojos un brillo desconocido. Después hizo eso que nos llamó mucho la atención: mojó con la lengua la yema del índice y con ese dedo, como si fuera el pico de un gorrión, empezó a levantar y llevarse a la boca las pocas migas de pan que había sobre el mantel. Ahí comenzó todo. Fue un hambre inmemorial. Ni los ancianos, portadores de la tradición oral de nuestra ciudad, recuerdan algo semejante.

Empezó a comer desafortadamente. Causaba rechazo verlo así, hablando con la boca llena. Decía: "Comer es maravilloso", y nos invitaba a probar su comida. Era un asco; comía y comía, pero jamás quedaba satisfecho. Y no engordaba, siempre igual: flaco como una chaucha. Nadie sabía a dónde iba a parar tanta comida.

De salud y de ánimo se lo veía excelente. No entendíamos qué le estaba pasando, y como el problema no se iba a resolver sólo con fruncir la cara, papá y mamá decidieron consultar al médico. Necesitábamos saber qué le sucedía, y nos animaba la idea que, al localizar el origen de su mal, nuestra existencia, no obstante sufrir un giro brusco, se acomodaría a esta nueva circunstancia.

El médico lo revisó de pies a cabeza, le hizo análisis de todo tipo y estudios extraños de los cuales fue imposible retener ni siquiera los nombres. Mi hermano se portó como un soldado; si le hubieran pedido que aplaudiera con las orejas, también lo habría hecho. Luego de todo un día de ir de acá para allá con frasquitos, placas, cables e informes, el médico dijo: "Mañana están los resultados".

Al día siguiente llegamos muy temprano al consultorio. El médico, viendo nuestra ansiedad y la gravedad que le asignábamos al caso, nos hizo pasar de inmediato. Nos sentamos los cuatro frente al escritorio. El médico se puso los anteojos para leer. De un sobre de papel manila extrajo un informe y,



---

dirigiéndose a mis padres, comenzó a hablar: "Su hijo". Se detuvo ahí, como si las caras de papá y mamá no se ajustaran al diagnóstico que él iba a anunciarles. Volvió a leer el informe. "Su hijo", repitió, "está perfectamente".

Mi hermano soltó un carcajada descomunal: "¡Lógico!", dijo con los ojos muy abiertos. "Jamás me había sentido mejor".

De vuelta en casa él, seguro de sí mismo, decía: "¡No quiero molestarlos, no quiero molestarlos!". Pero lo hacía. Continuamente nos hablaba de lo deliciosos que era comer.

Que el médico diagnosticara que mi hermano estaba sano determinó que nuestra casa se convirtiera en un caos. Mamá tuvo que pedir licencia en el trabajo para prepararle comida. Ella se la pasaba cocinando. Él era un perro de sulky. "¡Qué maravilloso es comer cuando uno tiene hambre! ¿No mamá?. Ella le contestaba: "Sí sí claro claro". Parecía una loca. Él estaba contento. Tenía expectativas: "No se aflijan, ya van a ver. Seguro que en cualquier momento ustedes también empiezan a tener hambre".

A pesar que hicimos todo lo posible para que este problema que (según papá) "nos deshonra" se resolviera entre estas cuatro paredes, no pudimos evitar que los vecinos se enteraran. Al principio, contrariamente a lo que suponíamos, se mostraron solidarios con nosotros (hay que ver con qué tranquilidad se toman los problemas cuando son ajenos).

Para que mamá pudiera dormir un rato, un grupo de vecinos se organizó y constituyeron turnos de ocho horas para preparar comida. A mi hermano le costaba aceptar que semejantes muestras de bondad pudieran ser auténticas. Para honrar a nuestros vecinos, los hacía poner en fila frente a la mesa y empezaba a comer: "¡Mmmm, exquisito!", decía. "¡Mmmm, delicioso!".

Pensábamos que alguna vez iba a ser suficiente. Sin embargo, él seguía, como si en lugar de estómago tuviera un agujero que desembocaba en el fondo del océano.

Mamá vivía todo el tiempo cansada. Un día papá llegó del trabajo y la encontró muy mal, como si en vez de haber alimentado a mi hermano lo hubiera estado pariendo. "¡Harto me tiene!", dijo papá y salió disparado para la cocina. "A ver si la terminas con esta payasada", lo increpó. "¿No ves cómo sufre tu madre?".

Después de esto mi hermano modificó su actitud. Al menos no nos aturdira diciéndonos a cada rato lo maravilloso que era comer. Resultaba evidente que la enfermedad se encontraba en una nueva etapa. Eramos optimistas; intuíamos que la cura definitiva era una cuestión de tiempo.

Un día, mientras devoraba un pan francés, me confesó que desde que había empezado a padecer hambre, comida nunca le faltó. "Pero", continuó, "ahora me doy cuenta de que la comida no lo es todo". Lo vi abatido; buscaba que lo comprendiéramos. "Necesito que compartan mi hambre", dijo. "No puedo sentirme pleno si ni siquiera comprenden lo que siento. Sin embargo, a esta altura de los acontecimientos debo rendirme ante la incompreensión de todos", concluyó.



---

Me dolió escucharlo decir "la incomprensión de todos". Se estaba quedando solo. No había papá, ni mamá, ni hermano, ni buenos o malos vecinos.

-Podés contar conmigo- dije.

Para sostener mis palabras, me puse a prepararle comida. Agradeció y se puso a comer. Me di cuenta de que sólo lo hacía para reconfortarme.

Fue a partir de la aparición de un señor que se hacía llamar Nutricionista que la enfermedad de mi hermano comenzó a andar otro camino: el camino de la cura.

Que era un hombre notable lo dijo mi vecina. El Nutricionista entró a casa con paso firme y seguro. Aunque un caso como éste jamás se le había presentado, confiaba en que la cultura alimenticia de la ciudad iba a frenar el hambre de mi hermano. Comenzó a explicar el tratamiento. Mi hermano, en la cocina, no paraba de comer fideos con manteca. El Nutricionista lo observó por la puerta entreabierta. "¿Siempre come así?", preguntó. Papá cerró los ojos y asintió con la cabeza. Mamá dijo: "Sí, siempre así... Todos los días así."

Pidió quedarse a solas con mi hermano. Papá y mamá al patio; yo a mi habitación. Al rato, no sé si mi hermano le consumió la paciencia o al Nutricionista se le acabó la ciencia, porque la conversación, que hasta ese momento se oía como un arrullo materno, empezó a subir de tono. Desde la cocina y por los pasillos llegaron a mi habitación frases como: "¡Tal vez sean muchos los que tienen hambre y no lo saben!" (mi hermano). "¡A dónde querés llegar con todo esto!" (el Nutricionista). "No sé qué me pasa, pero al menos los entiendo más a todos ustedes, que lo que ustedes me entienden a mí."

El Nutricionista les dijo a mamá y a papá que estuvieran tranquilos.

-Esto es como un grano- dijo -. Hay que dejarlo que madure solo.

Así cualquiera es médico, pensé.

Mi hermano no dejaba de comer. Nadie sabía dónde metía tanta comida. Era como si en él se hubiera despertado todo el hambre inconsciente que, tal vez, tuvieron nuestros antepasados. Parecía un trapo de piso. Las ganas de vivir se le iban con la misma intensidad con que le aumentaba el hambre. Yo le pedía a Dios que me mandara a mí un poco de ese hambre para ayudarlo a cargar esa cruz tan pesada que le había tocado recibir.

Los últimos días él decía a quien quisiera escucharlo (lo rodeaban más curiosos que incondicionales): "No deseo causarles problemas. Lo único que pretendo es un reconocimiento público de lo que me pasa. No quiero sus comidas, no necesito su comprensión. Pretendo que todo el mundo reconozca que soy alguien que tiene hambre, que come, y a quien lo que come no le alcanza y tiene cada vez más hambre".

Eso del reconocimiento público hizo cosquillas a algunos notables de la ciudad, que se removieron incómodos en sus sillas. El intendente puso a disposición su chofer personal y mandó a buscar a mi hermano para que expusiera en audiencia pública su problema de hambre. Durante el trayecto lo vi afligido. "Ahora tenés una buena oportunidad", dije. Fue una estupidez. Ni las autoridades ni la



---

gente iban a estar dispuestos a reconocer que mi hermano tenía más hambre que cualquier habitante de la ciudad.

El salón dorado de la municipalidad estaba hasta el tope. En el sector de las autoridades se habían acomodado, junto al intendente y los concejales, el director del hospital y el Nutricionista. Mi hermano se sentó en el sitio que previamente le habían destinado y pidió que le arrimaran otra silla para apoyar la bolsa de pan.

Todos miraba con curiosidad cómo tragaba. Sin embargo, escucharon sus justificaciones y requerimientos sin murmullos y sin pestañear. Cuando ya no le quedaba pan en la bolsa y tuvo que terminar la exposición, seguían mirándolo inmutables, como si todavía no hubiera comenzado a hablar.

A la salida un concejal anduvo diciendo entre la gente que mi hermano intentaba modificar nuestras costumbres y proclamarse un Revolucionario del Hambre. Ridícula acusación. Si mi hermano exigía algo, no lo hacía por circunstancias exteriores. Lo hacía empujado por la necesidad interna de terminar con ese hambre que amenazaba con comérselo a él.

Después de la audiencia pública navegamos en un mar de aceite. En casa, cada uno se había resignado a su nuevo papel. Los vecinos parecían haber olvidado todo. Mi hermano se quedaba día y noche en su habitación.

Fueron dos semanas sin sobresaltos. "Tu hermano está más tranquilo", dijo papá.

La misma tranquilidad del náufrago que acaba de descubrir que su bote de goma tiene una pinchadura. Esa misma noche sucedió lo del escribano que vive a dos cuadras de casa.

Mamá, mientras compraba pepinos, se enteró de lo que había pasado. La mujer del pobre hombre estaba histérica. "Esta ciudad está apestada", decía. Resulta que el escribano se había despertado a la medianoche eructando. La mujer intentó sin éxito algunos remedios caseros. "La habitación olía como una cloaca. Tuvimos que llamar urgente al médico. Después de revisarlo dijo que estaba desconcertado y que iba a consultar el caso con sus colegas. Yo, por lo pronto - concluyó la mujer -, le sugerí a mi marido que cada vez que tenga ganas de eructar lo haga en el patio".

Comentaban las vecinas que el escribano tuvo que levantar una carpa en el fondo: de tanto ir y venir desde el interior de la casa al patio, había comenzado a padecer náuseas.

La enfermedad esquivó los esfuerzos del escribano y su señora, y cobró por sí misma casi la misma notoriedad que el hambre de mi hermano. El pobre hombre, antes afecto a las tertulias, ahora, a causa de su enfermedad, considerada vergonzante y objeto de burla por la ciudad entera, debía resignarse a una vida de ermitaño.

Estaban equivocados los que suponían que éste era un hecho aislado. Fue una curva del círculo que mi hermano había comenzado a dibujar y que, súbitamente, iba a cerrarse con él adentro.

A los eructos del escribano les siguieron los de su señora. Pronto toda la manzana eructaba casi al unísono. Desde lejos resonaba como un volcán.



---

En distintos puntos de la ciudad millares de personas, como si sus estómagos hubieran sido interesados por flechas de fuego, comenzaron a eructar. Nadie sabía a qué atribuir semejante catástrofe.

En casa papá fue el primero. Eructaba y maldecía su nueva suerte. Después lo siguió mamá que, visiblemente afligida, no por lo vergonzante de la enfermedad, sino porque acaso en su mente empezaban a ordenarse las piezas de un rompecabezas funesto, se refugiaba detrás de las cortinas.

Un grupo de vecinos se agolpó en la puerta de casa. Eran encabezados por el Nutricionista. "Tenemos la certeza de que son las ingestas de su hijo las que están provocando esto". Papá, que no estaba dispuesto a que le endilgaran una nueva humillación, les contestó: ""¡Qué certeza ni ocho cuartos!. ¿Qué quieren ahora?, ¿la máquina de hacer chorizos?", y les cerró la puerta en la cara.

Yo, desde la ventana del comedor, miraba cómo se alejaban protestando a los gritos cuando, intempestivamente, sentí un ardor en el estómago. Me tomó tan de sorpresa que caí al suelo doblado de dolor.

Empecé a eructar. Corrí al baño. En el pasillo choqué con mi hermano que venía. "¿Vos también?", dijo. "Yo creí que vos no". La garganta se me daba vuelta. Encaré el baño; quedó hablando solo.

El grupo regresó más tarde, esta vez con el director del hospital. Luego se agregaron los concejales y los notables de la ciudad. Hasta el intendente se llegó a nuestra casa. La conversación era permanentemente interrumpida por los eructos y por la pestilencia que flotaba en el aire. Obligaba a cubrirse con pañuelos la nariz y la boca.

La ciudad entera nos exigía a los gritos una respuesta. Se designó al Nutricionista para que acordara con mis padres los términos de la rendición. "Se impone una salida drástica", dijo. Papá preguntó qué hacemos. Mamá lloraba. El Nutricionista sugirió: "Qué les parece un poco de cicuta en el relleno de los canelones". Papá quiso saber si eso no iba afectar a la gente. "Claro", dijo, "no sea cosa que después me vengan a echar en cara que tienen retorcijones de barriga". "No creo", dijo el Nutricionista. "¿Están habalndo de matar a mi hijo?", intervino mamá espantada. "¡No, matarlo no!... ¡No puedo hacerme a la idea de no verlo más!". Una contradicción grande como el hambre de mi hermano. Ella cada día lo soportaba menos.

Papá y mamá no conseguían ponerse de acuerdo. El Nutricionista nos advirtió que a las 3 de la tarde debíamos tener una respuesta. Papá lo despidió con un portazo. Cuando volvía al comedor, me encontré doblado en dos sosteniéndome con el perchero: "¿Y vos, por qué no te movés?", gritó. "¡Andá a decirle al ingrato de tu hermano que venga!".

La puerta de la habitación estaba abierta; generalmente la tenía cerrada. Parecía que me esperaba.

-Te llama papá- dije desde el pasillo.

-¿De qué se trata?- preguntó sin mirarme.

-No sé.



---

-Sí sabés. Me van a pedir que haga algo... Yo sé lo que tengo que hacer.

Se acostó en la cama y se puso a hacer eso.

-¿Qué haces?- pregunté sorprendido.

-Olpos- contestó con naturalidad.

-¿Olpos?. ¿Y qué es olpos?.

-Soplo para adentro- dijo.

De repente, una cosa semejante a una tela, color rosagrís, empezó a salirse en forma de globitos por los agujeros de la nariz. Por las orejas. "Cansado", alcanzó a decirme, eso sólo, nada más, porque la tela rosagrís le llenó la boca. Me miró (hermano, nunca así) como si quisiera terminar lo que antes había comenzado a decir. No pudo. La tela rosagrís empezaba a brotarle en los ojos y se inflaba cada vez más y más, hasta envolverlo completamente, como a un paquete.

Hubo una explosión. La sustancia rosagrís se desperdigó en fragmentos y sembró en las paredes y el techo miles de amapolitas rojas. Parecía una pintura típica de Holanda. Mi hermano tumbado en la cama, con los brazos en cruz, se asemejaba a un molino de viento.

Ahora todo está tranquilo. Volvimos a la rutina. Mi hermano también hace vida normal... ¿Hambre?. No, hambre nunca más. No tiene estómago. Ya ni siquiera necesita comer.

**Jorge Sagrera**  
**sagreravilla@redsp.com.ar**

**\*Publicado en *El ojo del ciclón***





---

## La noche del girasol

Atardecía. En la habitación el silencio era absoluto. El sol, en su retirada, tocaba y volvía de cobre lo que encontraba a su paso: una cama, la puerta, la pared.

Un gorrión se paró en el alféizar de la ventana. Estuvo quieto un momento; luego desperezó sus alas. En ese preciso instante, los rayos del sol lo tomaron desde abajo y le dieron una apariencia magnífica, celestial. El gorrión pareció mirar hacia adentro, se alborotó un poco, como el chisporroteo de una fogata a punto de apagarse, picoteó un barrote y se echó a volar llevándose el último resplandor rojizo del sol. La habitación quedó color ceniza.

La luna, que trepaba por el este, trajo las sombras: seis barrotes demasiado largos, dos camas deformes y cuatro paredes de hollín se agregaron lentamente a la habitación. El silencio era absoluto.

La puerta se abrió violentamente, como empujada por una tempestad. Desde el pasillo, más oscuro que otras veces, arrojaron a alguien que, en una natural continuidad de movimientos, tropezó en las patas de la cama y, casi en el aire, recorrió el resto de la habitación. La pared del fondo lo detuvo en seco. El revoque, una garúa vieja, se desmoronó despacio, dejando al descubierto diferentes colores de pintura. El violeta dominaba, como si el ímpetu del choque le hubiera provocado un moretón.

-Qué te parió, carajo- dijo el empujado.

Transcurrieron unos segundos de silencio. En el hueco de la puerta se podía intuir la presencia de un bulto. El bulto se rió, y dijo: "Dormite, infeliz", y por fin cerró la puerta. El ruido retumbó en el corredor: parecía que mil puertas, una tras otra, empezaban a cerrarse.

El que había sido empujado hizo el amago de respirar hondo: no pudo, le apretaba demasiado. Llevó los hombros hacia atrás, se enderezó un poco. Respiró mejor, una, dos, tres veces. Enseguida los hombros cayeron bruscamente, como atraídos desde el piso por una fuerza superior. Volvió a quedar con el pecho encogido.

Un hilo de sangre comenzó a fluir desde la frente y por la mejilla hasta la comisura del labio. Se dio vuelta: tenía la cara tumefacta, grotescamente picada, como si hubiera metido la cabeza en un colmenar.

En un costado de la habitación, otro permanecía sentado en cuclillas. Había mirado la escena con ojos de perro miope. Quería ponerse de pie. Al no poder ayudarse con las manos, usaba las piernas, con rara habilidad, para catapultarse hacia arriba. La espalda, que le servía de apoyo, vivoreaba contra el ángulo que formaban las paredes.

-Te dio una buena zamarreada- dijo.

-Es la última, *Sintino*. Lo juro por mi vieja. Es la última.

-No jurés en vano, varón- dijo *Sintino* -. Hace años que no te visita. Andá a saber si está viva.

El que estaba lastimado miró a *Sintino*. Parecía que por primera vez.

-¿Vos también con la levita?- dijo.



- 
- Estamos de fiesta- dijo *Sentino* -. Bailamos un minué y nos volvemos pal rancho.
- Contaba con vos... Qué hiciste.
- El capellán me encontró sacando hostias de la sacristía.
- Contaba con vos para las correas.
- Tenía hambre. No estaban consagradas: no es pecado, lo leí en *L'Observatore de Palermo*.
- Esto no se aguanta más, hermanito... - se resfregó en el hombro la boca ensangrentada -. Cómo pega este desgraciado.
- ¿Cómo?- preguntó *Sentino*.
- Qué se yo... Te tira con lo que tiene - suspiró, y se quedó pensando.
- ¿Qué pasa?.
- Estoy deprimido, y cuando estoy deprimido pienso en ella.
- Ah, eso. Otra vez a hablar de tu esposa. No es bueno que los padres castiguen a sus hijos. Lo dice el capellán.
- Era difícil verla llorar. Pedía que la ayudara. Con la mirada lo pedía. Yo me tapaba los oídos y me iba. Esperaba en la plaza de enfrente. Nunca más de diez minutos. Muy disciplinada mi suegra, toda una alemana. Ni bien terminaba, aparecía en la ventana y me hacía la seña para volver: pulgar levantado.
- Un emperador.
- Hasta que un día se ve que algo me pasó adentro. Me quedé sin aire. Imaginate un tipo debajo del agua, cuando sale: ¿qué hace?.
- Pide socorro.
- Ese día mi suegra le había pegado el bife de rutina, después otro y meta sazonarlo con "¡Inútil!" y "¡Usted qué mira!". Tenía el barcito ahí nomás, manoteé la botella de Legui (lástima la etiqueta: me pasaba las horas mirando los caballos) y se la partí en la oreja. La vieja era una cabeza dura, pataleaba, quería tragarse el aire de la habitación. Le di otro botellazo (drive con top en la otra oreja). Finalmente, los golpes o el licor la atontaron. La arrastré hasta la ventana y la senté en una silla.
- Lógico, varón- interrumpió *Sentino* -: querías reanimarla.
- La ventana era corrediza. Yo la abría y la cerraba con buen ritmo, igual que ejecutando un violín. Mi suegra resoplaba: Alguien chillaba a mi espalda: parecíamos Les Luthiers. Del cuello de mi suegra, como si fuera una bota vasca, salió disparado un chorrillo. Eso fue lo último que vi. Nada más. Ni una estrella siquiera. Me desperté acá con la cabeza hecha un redoblante.
- Este relato parece de *Las mil y una noches*, me lo contaste la mil y una vez.
- Tenés razón, basta de cuentos, novelas y poesías: esta noche me voy.
- ¡Eso es!. Poesía, varón, adónde quedaron aquellas tardes de poesía. Qué va a pensar tu amigo Phitman, que ya no lo evocamos como antes.
- Whitman.



-Sí, ése, el de las academias. ¿Eh?. Qué va a pensar. "De dolientes ríos encerrados, de aquello de mí sin lo cual yo no sería nada, de lo que he decidido hacer ilustre..." Ilustre. ¿Cómo sigue?.

-"Aunque me quede solo entre los hombres".

-Eso: "Solo entre los hombres". ¿Cómo que esta noche te vas?. ¿Una fuga, varón?.

-Sí, una fuga.

-Llévame con vos. No me dejés solo en este pandemiga.

-Pandemónium, Sintino, pandemónium. Desatame que si me enfrío...

-Otra vez con el asunto del frío. Siempre con lo mismo. Mañana le escribo al director reclamándole comida caliente y frazadas sin agujeros.

El que estaba lastimado negó con la cabeza.

-Qué más se puede pedir, varón- dijo *Sintino*.

-No es un problema de pan y sol... Y aunque nos dejaran salir, ¿para volver a dónde?. Dale, *Sintino*, aflojame las correas; se hace tarde.

La luna entró a pique por la ventana y dibujó un rectángulo de luz en el piso. Los barrotes de hierro, reflejados en el mismo rectángulo, alteraban la quietud de la habitación.

-Deben ser la 3 -dijo *Sintino* mirando por la ventana -. ¡Mirad! -gritó-. ¡Mirad, Don Quijote! - ahora en voz baja-: Apus coqueteando con el molino de viento.

El que estaba lastimado no dijo nada. *Sintino* se dio vuelta. En vano esperó una respuesta.

-¿Verdad que es Apus coqueteando con el molino de viento?.

-No- dijo el que estaba lastimado -. Es cualquier estrella pasando a millones de años luz del tanque de agua.

-¿Ves, varón?. Lo que pasa es que vos perdiste la alegría de vivir. Fijate qué linda está la luna, qué blanca, qué redondita.

El que estaba lastimado no fue hasta la ventana para mirar la luna. Se interesó por el colchón; parecía que buscaba algo.

-Sí- dijo por fin -, pero es como nosotros: no tiene luz propia.

*Sintino* rió.

-¿Será por eso que acá nos cargan de electricidad?- dijo, y empezó a reírse a carcajadas; rió hasta las lágrimas.

El otro se retorció como si le picara la espalda.

-¿Me ayudás o no?- dijo.

-Por los siglos de los siglos, amén.

*Sintino* se puso a roer las correas del que estaba lastimado.

-¿Cómo te vas a escapar?- preguntó de pronto.

-Adentro del colchón tengo la respuesta.

-¿Una lima?.



-Algo así.

-¿Una lima, varón?.

-Un limón- dijo el que estaba lastimado.

*Sintino* volvió a tironear. Los dientes apretados. Resoplaba. Era un dogo prendido en el cuello de un jabalí. "¡Un limón!", decía cada tanto. "¡Te vas a fugar con un limón!", y lo miraba como si el otro fuera un dios.

Las correas se aflojaron. El que estaba lastimado ahora sí respiró hondo. El chaleco cayó al suelo.

*Sintino* se quedó quieto, jadeando como un perro que acaba de traer el diario a su amo. Tenía la frente húmeda.

-Pablo- dijo -, te voy a extrañar.

Los ojos también los tenía húmedos. El que estaba lastimado se enderezó, lentamente (no había parecido tan alto). Se masajeó los brazos.

-Nos vamos a extrañar- dijo, poniéndole las manos sobre los hombros, pero lo dijo sin convicción.

Después fue hasta la cama. Abrió por las costuras el forro del colchón. De esa mezcla de lana y plumas apareció una bolsita.

*Sintino*, a la distancia, miraba con curiosidad.

Pablo sacó algo de la bolsita y le mostró a *Sintino* la palma abierta.

-¿Pastillas?- preguntó *Sintino*.

Pablo se sentó en la cama.

-Estuve ahorrando- dijo.

Se puso en la boca tres o cuatro y las tragó sin masticar. *Sintino* achicó los ojos. Otra vez la mirada de perro miope.

-No estabas tomando los remedios- lo retó.

-No.

-Con razón, varón. Con razón estás tan mal.

Pablo rió. Una risa involuntaria. Se puso en la boca otro puñado.

Estaba saliendo el sol; sin embargo, en la habitación flotaba esa melancolía propia de los atardeceres de otoño.

Pablo seguía en la cama, de costado, con las manos juntas debajo la mejilla.

-La mamá de mi esposa quedó bastante mal- dijo -. se ve que de tanto abrir y cerrar la ventana le toqué algún cable.

-Mirá vos- dijo *Sintino* que, sentado en la cama, movía los pies como si fueran limpiaparabrisas.

-Yo quería pedir perdón. Necesitaba que alguien viniera para pedir perdón.



- 
- Conozco un capellán que es feliz perdonando a los pescadores.
- Yo acá entré dormido, medio muerto. Me desperté y la cabeza me hacía: burumbumbún... burumbumbún...
- Yo soy el hincha de Camerún- tarareó *Sentino*.
- Parecía un redoblante.
- ¿Qué cosa parecía un redoblante?.
- Mi cabeza.
- ¿Burumbumbún?
- Sí.
- Eso no es un redoblante, varón. Eso es un bombo de tribuna.
- Veinticinco puntos: un hermoso matambre.
- Sí, varón- dijo *Sentino* -, eso ya me lo contaste.
- ¿Y que gané un trofeo jugando al tenis en Comunicaciones?.
- Eso también me lo contaste.
- Un trofeo con base de mármol... - comenzó a decir.
- Con un jugador de tenis de bronce- concluyó *Sentino* -, muy lindo el jugador. Un vecino te lo incrustó en la nuca cuando estabas haciendo costeletas de cerdo con el cuello de tu suegra.
- Hay algo que no te conté.
- Su atención, por favor- *Sentino* aflautó la voz -, se va a anunciar el horario de partida del último tren... ¿Lo querés con rima?.
- ¿Qué?.
- Su atención, por favor. Se va a anunciar horario y andén del último tren.
- Ya no necesito ningún escudo. ¿Sabés?. No tengo vergüenza. No importa...
- Si no importa, no importa. No me lo contés, varón, qué gracia tiene.
- Aquel día, no hubo tal vecino.
- Cómo que no hubo tal vecino- dijo *Sentino* y buscó los ojos de Pablo -. Entonces, ¿quién te sacó a pasear el cerebelo?.
- Mi esposa.
- Pablo, que seguía de costado, remontó las rodillas hasta el pecho y las cubrió con la mano.
- Tengo frío- dijo -. Tirame una cobija.
- Pablo apretó un poco las rodillas contra el pecho. Sudaba.
- Estás goteando- dijo *Sentino* -, seguro tenés flojo el cuerito de la válvula ileosecal.
- Tengo frío- insistió Pablo.
- Es calor, cabezón. Si transpirás, es calor.
- Pablo tiritaba.
- Sentino* recorrió la habitación con la mirada: no había ninguna cobija.



-¿Sabías que a Sócrates lo mataron con cicuta?- dijo Pablo.

-¿Con un condimento?

-No- dijo Pablo -, es veneno. Empieza a hacer efecto desde los miembros inferiores.

-Ah- dijo *Sentino* sin dejar de mover los pies como limpiaparabrisas.

-Te da un dolor, un puntazo, pero es apenas un cachito y enseguida se te paralizan los pies...

Debe ser maravilloso no tener que ocuparse ya de los pies.

-Ni de cortarse las uñas- *Sentino* parecía entusiasmado con esa idea.

-Otra vez el dolor, un pinchazo nada más y ahora son las piernas las que dejan de ser tuyas. Así hasta que el veneno llega al corazón. Ahí sí que te quedás duro. No alcanzás a darte cuenta cuando la cicuta te llega a la cabeza.

-Qué lástima, varón, tanto esperar y no te podés dar cuenta.

-La locura es al revés... - comenzó a decir, y se llevó las manos al estómago; parecía que se iba a partir en dos.

*Sentino* afirmó el hombro contra el respaldo, pero no era la cama la que se convulsionaba.

-Tengo frío, hermanito- dijo Pablo casi inaudiblemente -. Tirame una cobija encima.

Ahora *Sentino* miró debajo de las camas. No había ninguna cobija. Pablo se retorció como una lombriz al sol.

-Ya va, varón, me parece que por allá vi una- mintió.

-Decile al capellán que al infierno no voy... Estoy helado... De chico siempre andaba con frío. Mi vieja me ponía una camiseta de franela... Picaba...

*Sentino*, a los pies de la cama, movía el torso para adelante y para atrás. Los brazos seguían apretados al cuerpo, como en un abrazo. Dijo:

-Picaba... ¿Y?... Terminá la frase, varón.

Pablo no terminó la frase. Estaba quieto, amontonado contra la pared. parecía un ovillo de alambre.

*Sentino* dejó de hamacarse. Se levantó y fue a mirar por la ventana. El jardín estaba descuidado. El sol tenía la sombra del tanque de agua contra la pared. Un girasol (cómo habría llegado hasta ahí) no buscaba el sol; se había quedado mirando hacia el poniente.

-¿Te sentís mejor?- dijo *Sentino* -. Dale, varón, decime que ahora estás un poquito mejor.

(continuará)

Jorge L. Sagrera.

sagrerravilla@redsp.com.ar

424419



---

## La ventana \*

Mi nueva casa está enclavada en la ladera de una montaña. La parte oeste, el fondo, se encuentra casi contra la mole de piedra; uno sale al patio y se topa con una especie de muro, un tapial infranqueable.

Muchas tardes he permanecido en el patio esperando que los rayos del sol entibiaran un poco ese lugar, pero la espera ha resultado inútil. Creo que el fondo de la casa no tiene ninguna posibilidad de recibir el sol, al menos mientras tenga la montaña atrás. En cambio el frente, orientado hacia el este, ofrece otra visión. Me gusta comparar mi nueva morada con la luna misteriosa que gira a nuestro alrededor mostrándonos siempre la misma cara. De chico debo haber soñado esta casa y este lugar. Tuve que andar mucho para encontrarla.

Sin embargo, hay algo (acaso insignificante para algunos) que valida tanto a semejante manifestación de la naturaleza como a la casa misma: la ventana. Si no fuera por la ventana, no tendría aquella cortina de pinos que, excelsa, se levanta al sur, ni los tilos, ni los robles, ni los pájaros, ni el sol tendrían sentido porque para mí, al no poder verlos, no existirían. Si no tuviera ventana, mi habitación sería lúgubre, húmeda, mi estancia aquí se volvería insoportable, se me cerraría el pecho y no podría respirar.

Todas las mañanas me levanto al amanecer. La casa, creo haberlo dicho, está orientada hacia el este. Por eso los primeros rayos de sol los recibo plenamente en la cara. Es una sensación muy reconfortante. Parecen las caricias de mamá cuando me despertaba para ir a la escuela... ¡Ah, qué hermosa evocación!. ¡Cuánto daría por volver a ser aquel niño!. Sin embargo, el despertarme con las mejillas tibias ocurre sólo en algunos meses del año. Si la cama no estuviera atornillada al piso, la iría moviendo de aquí para allá para seguir el calor. En el invierno anterior fue una verdadera delicia calentarme las manos en la pared que daba el sol.

La ventana da al valle y, en el poco tiempo que hace que estoy aquí, ya vi pasar las cuatro estaciones del año. Al sudeste hay un monte de duraznos. Es sorprendente que esas plantas, que en otoño y en invierno parecen esqueletos, en primavera se llenan de flores rosas. Recuerdo que unas semanas antes de la floración, unas flores amarillas, chicas y silvestres, habían inundado todo el monte; parecía una puesta de sol. Y entonces, súbitamente, aparecieron las primeras flores de los durazneros. Me resultaba imposible permanecer ahí contemplando semejante paisaje. Me alejaba de la ventana, caminaba por la habitación sacudiendo la cabeza: “Esto es increíble”, me decía a mí mismo. Algunas veces lloraba desconsolado. Otras, sonreía con serenidad, como rendido, tal era mi incapacidad para abarcar tanta belleza. En otoño el lugar también tiene sus encantos: la lluvia repiqueteando en el vidrio de la ventana es un arrullo: “Buenas noches, mi bien, entre flores descansas, duerme niño feliz, que vigila mi amor”... El viento del oeste cruza la ladera zamarreando los árboles; cuando se detiene, el espectáculo que brindan las hojas caídas es maravilloso. La pendiente parece cubierta por una lámina de cobre.

Ahora estamos próximos al invierno. El clima es apacible. No hace nada de frío. Llevo puesta una camisa blanca de mangas cortas y un pantalón (también blanco) muy práctico, con elástico a la



---

cintura. Está atardeciendo. Todas las tardes, incansablemente, el sol lleva la sombra de la casa hasta la montaña que está enfrente. A pesar de que los ojos me quedan ardiendo igual que cuando tengo fiebre, el espectáculo es digno de ser contemplado. A eso de las 3 de la tarde comienzan a vislumbrarse las primeras sombras y es como encontrarse frente a una casa de muñecas. Luego, segundo a segundo, a medida que cae el sol (en este momento es imprescindible no quitarle de encima los ojos a la montaña), la sombra de la casa empieza a levantarse, piedra por piedra, hasta quedar convertida en una auténtica catedral con sus agujas intentando el cielo.

La ventana está abierta. Escucho las gotas del rocío que caen sobre el pasto recién cortado, aspiro profundo y las fragancias entremezcladas de los jazmines y de los tilos acarician las paredes blancas de mi habitación y salen, como olas jugando en la arena. El pasto quedó muy verde, parejo; parece un acolchado que me invita: “¡Juanjo, vení!...” Tengo ganas de saltar por la ventana pero no puedo, está la reja. Correr por la pendiente, los brazos extendidos al cielo, las manos bien abiertas, y el viento cantándome en los oídos. Emborracharme de sol, nada que se interponga en mi camino, correr con los ojos cerrados, sin temores... No como cuando era chico, que siempre se estaban cruzando los autos, o las vecinas con su bolsa de los mandados, o los pies de mis compañeros que, finalmente, conseguían su propósito: verme revolcado por el suelo.

Entiendo que todavía no puedo salir; el doctor le ha dicho a mamá que estoy enfermo. No importa. Total, en la habitación tengo todo lo necesario: la pileta, la canilla, la toalla marca “San Pantaleón”. Espejo no tengo. En casa había uno, pero estaba demasiado alto. Si quiero peinarme, doy vuelta el plato de la comida, que es de acero inoxidable. También puedo peinarme en el vidrio de la ventana. No tiene demasiada importancia estar peinado o despeinado; lo que interesa es mirar afuera.

Ahora estoy viendo una nube en el fondo del valle. Está muy quieta, parece delineada con un lápiz gris topo. Tiene la apariencia de un ventisquero. ¡Qué alegría, nunca vi nevar! Cómo deseo que en la próxima Navidad nieve, aunque sea por única vez en mi vida, así voy a poder estar abrazado con mamá en el sofá de tela que hay en el living, el hogar prendido, no importa que afuera el frío queme en los canteros las alegrías del hogar. Me es fácil imaginar que camino por la cresta del ventisquero, el viento sujeta mis cabellos, me tira para atrás y hace que la camisa y el pantalón me chicoteen la espalda y las piernas. Es difícil avanzar. Resbalo en el piso mojado. Me detengo en el lugar. ¡Esta mole de hielo y piedra es imponente, gris! El ventisquero sube empujado por el viento. Mi cuerpo parece desintegrarse y querer fundirse en él. Hace demasiado frío aquí... ¿¡Ruidos!?! ¡Ah!, sí, es mamá, mamita. Reconozco sus pasos... ¡Shh! Ahora está sacando el llavero del bolsillo de su delantal; oigo el tintinear de las llaves entrechocándose entre sí. Puso la llave en la cerradura. Una vuelta... Otra... Ahora está quitando el pasador. Sé lo que va a pasar. Va a retarme porque, según dice, golpeo mi cabeza contra la pared. Una vez más le voy a hablar de la ventana, por la que puedo abarcar toda la belleza que me rodea. Y una vez más





---

va a decirme que no existe tal ventana, sólo una pared blanca y lisa. “Es verdad, sólo una pared”, tendré que decirle, para que no me lleven a la habitación del fondo. Es el único modo de que pueda seguir abriendo, aunque sea apenas, para mirar el paisaje y dejar que entre un poco de aire fresco.

\* Publicado en *El ojo del ciclón* (cuentos).

*Jorge L. Sagrera*  
sagreravilla@redsp.com.ar  
telef.424419



---

## Oid mortales el ruido de escritos dispersos por el aire

*Ningún hombre es en sí equiparable a una Isla;  
todo hombre es un pedazo del Continente,  
una parte de Tierra Firme...  
La muerte de cualquier hombre me disminuye,  
porque soy una parte de la Humanidad.  
Por eso no quieras saber nunca  
por quién doblan las campanas;  
¡están doblando por ti...!*

**John Donne.**

JORGE LUIS SAGRERA

Fragmento de una carta encontrada en las vías del tren.

*[... ] queridos viejos cómo están. Estic bé. Em trob bé. Como ven, aprovecho este viaje a Madrid, para seguir practicando catalán. Ya lo saben: el trayecto Palma-Barcelona en barco dura unas cuantas horas y no viene nada mal frenar un poco esta velocidad en la que todos estamos inmersos: la lucha por la existencia, como diría Carlitos Darwin, o ¿deberíamos decir la lucha por la subsistencia?*

*Como les anticipé en la carta anterior, decidí venir a Madrid para tramitar en "vivo y en directo" los papeles de la nacionalidad. Cara a cara es otra cosa, a un burócrata le cuesta un poco más decirte que no, o tratarte mal. No digo que no lo haga, digo que cuesta más tratar mal a alguien cuando te mira a los ojos; y yo pienso poner mi mejor cara de ángel, para convencerlos.*

*Hablando de convencer, quiero decirles que mis patrones son unas personas formidables.*

*-Tomeu- le dije -, necesito ir a Madrid, para tramitar los papeles de la ciudadanía.*

*-Anda- me dijo -. Anda tranquilo, Jordi- y me dio unas palmaditas afectuosas en el hombro. No fue necesario darle ningún argumento.*

*El abuelo tendría que conocerlo: Tomeu tampoco entiende todo este asunto de la ilegalidad en un nieto de baleares. No comprende tanto mal trato por parte del gobierno central. Sos nieto de un mallorquín, me dice. Sí, claro, le digo, pero la ley no concede la ciudadanía a los nietos. Queridos viejos, no lo comenten mucho, porque por ahí se entera el abuelo, pero la verdad es que resulta duro no tener los papeles en regla.*



---

*Ya que hablamos del abuelo, coméntele que, todos los jueves, estoy yendo a un curso de perfeccionamiento de catalán, exclusivo para inmigrantes. Díganle, también, que sus charlas en mallorquín me han servido mucho: soy un alumno aventajado: Teniu el diari d' avui?*

*¡Ah!... ahora que lo menciono, tengo algo para contarles que a mí me resultó gracioso... ¿Cómo anda Capità?, ¿sigue "recibiendo" el diario?. Se los pregunto, porque estuvimos haciendo unos trabajos de albañilería en una finca y también ahí hay un perro que recibe el diario. El repartidor silba y el perro sale disparado a toda carrera y lo atrapa en el aire. Parecido a Capità, la diferencia está en que, este perrito, entrega a su dueño el diario entero, apto para leer. Sucede que acá tienen la precaución de introducirlo en un sobre plástico: estamos en el primer mundo... ¡M' agrada aquesta ciutat!*

*Queridos viejos, voy dejando de escribir... ¿Recuerdan qué sucedió el 11 de marzo de 1973? ¡Adivinaron!... Jordi Mestre vaig néixer a San Pedro, Argentina, dia 11 de març... Pasaré mi cumpleaños en Madrid, no es un mal plan, ¿qué les parece a ustedes? ¿Me tienen un poco de envidia, no?*

*Bueno, ahora sí me despido. Espero que el tema de los papeles de la ciudadanía se resuelva de una buena vez. Tengo el presentimiento de que pronto habrá una solución. Em fa il.lusió [...]*

\* \* \*

Fragmento del diario argentino *La Nación*, rescatado de entre los dientes de Capitá.

# LA NACIÓN # INTERNACIONALES 12 de marzo de 2004

[...] el gobierno español expresó sus sentidas condolencias a las familias de las víctimas y comunicó que concederá la ciudadanía a todos aquellos indocumentados que resultaron heridos o muertos en los atentados del 11 de marzo [...] el argentino, Jordi Mestre, se encuentra entre las víct [...]



---

## Setenta veces siete

Había empezado a arreglar el jardín una semana antes. La lluvia lo obligó a abandonar la tarea. Fueron días de lluvia intensa en los que Pablo debió resignarse a mirar cómo el pasto y las enredaderas crecían con un vigor descontrolado.

El miércoles había dejado de llover. Jueves y viernes, tuvo que quedarse en la oficina después de hora: tenía que entregar el balance del año porque el lunes comenzaba las vacaciones.

El sábado Pablo se levantó a las 6. Quería disfrutar a gusto del jardín. El pasto todavía estaba húmedo, y aprovechó esa circunstancia para cambiar la ficha al alargue y pasar la piedra a la tijera de podar y a la guadaña.

A las 7 empezó a levantar el rocío. Encaró el yuyal con la guadaña. Después pasó la máquina, repasó los rincones con la bordeadora y removió la tierra de los canteros.

Cada tanto hacía un alto y miraba cómo el jardín volvía a su habitual esplendor.

Podó las enamoradas del muro que amenazaban con irse al lado vecino, y estuvo un rato largo con una cuchilla vieja sacando de raíz las hojas de lechuga que amagaban con invadir todo el espacio debajo de los árboles.

Ahora era el momento de regar. Lo que a Pablo más le gustaba. Se sentía un creador... Como si tuviera en sus manos el poder para darle vida a toda esa manifestación de la naturaleza. No se conformaba con el simple hecho de regar. Repartía agua en las hojas, los pétalos y los troncos de los árboles.

También regaba la calle. Se levantaban pequeños hongos de polvo. Imaginaba una vista aérea de Hiroshima.

Si había buena presión de agua, jugaba con las plantas de tallos más débiles. "¡Se quiebra, se quiebra!", decía, como si estuviera relatando una pelea de boxeo. Las plantas se arqueaban y tocaban el suelo. A veces se quebraban; entonces él se arrodillaba y les pedía perdón.

Regaba. El agua parecía retirar lentamente el manto de tierra que cubría el jardín. Poco a poco, todo se volvía de un verde limpio y de un rojo intenso. Las fragancias inundaban el lugar.

Los que vivían a la vuelta aparecieron en la esquina. Se encaminaron hacia la casa de Pablo. Conformaban un dúo extraño, misterioso. El más gordo había sufrido fractura de mandíbula. El confuso accidente lo condenó perpetuamente a sonreír. El más flaco tenía aspecto de monje de clausura. Andaba torcido y con las manos juntas a la altura del pecho. Un ojo que parecía pertenecer a una cabeza más grande, giraba como un trépano perversamente en la órbita.

*No voy a dejar de mirarlos. Son muy susceptibles.*

En cierta ocasión habían pasado por la vereda. Pablo, abstraído, no los vio. El dúo se sintió ultrajado y le retiró el saludo por seis meses.

Ahora venían caminando despacio, como quien en procesión lleva una ofrenda al altar.

Estaban a diez metros de la casa. Pablo fue el primero en saludar.

-Hola- dijo alzando una mano.



-Hola- contestó el dúo.

-¿Qué andan haciendo?- dijo Pablo tratando de ser amable.

-El día está lindo y salimos a dar una vuelta- dijo el más flaco.

Pablo se sentía incómodo. Ese ojo le provocaba vértigo.

-¿Quiéren pasar?- preguntó, esforzándose por mirar el ojo que estaba quieto.

-No, gracias- se apuró a contestar el más gordo -, mejor otro día.

-Adiós- dijo Pablo.

*Es bueno llevarse bien con los vecinos.*

En ese momento notó que había estado echando agua en el mismo lugar. Un charco de barro se abría como una boca debajo de sus pies.

Terminó de regar. Enrolló la manguera y se sentó a descansar.

El cielo celeste, casi azul, contrastaba con el verde parejo del jardín. Paseó la mirada por el lugar y se sintió satisfecho. Cuando sus ojos se toparon con el charco, pensó: Quedó en el medio del jardín. Es imposible no fijarse en él.

Fue a sentarse lejos, debajo de la magnolia. Se esforzó en escribir una lista de actividades para las vacaciones. Cada tanto espiaba el charco. Le molestaba. Todo, según su concepción de las cosas, había quedado pulcro, perfecto: ese charco arruinaba el trabajo.

Contrariado, entró a la casa y preparó el calefón. Eligió la ropa (remera de algodón y pantalón de tenis, blancos). Como el agua todavía no estaba caliente, se descalzó y salió al jardín.

Eran las 7 de la tarde. Una brisa suave y fresca le envolvía el cuerpo. El pasto húmedo y tierno le acariciaba los pies desnudos. Pensó que ese roce era una delicia. De repente, como quien va a enfrentarse con alguien, se dio vuelta. Sin embargo, al encarar el charco sus pasos eran vacilantes.

Puso el dedo gordo, igual que si estuviera probando el agua de una pileta de natación. Tuvo la sensación de que esa viscosidad caliente iba a quedarse con su dedo. Repugnado, retiró el pie.

Más tarde, bañado y afeitado, volvió al jardín, Las estrellas todavía podían contarse una a una. Había siete. Venus destellaba como nunca; parecía un faro.

El rocío caía lentamente sobre los jazmines. Las fragancias sobrevolaban el lugar. Pablo imaginó que el edén debió haber sido así.

Anduvo dando vueltas por el jardín hasta que se hizo de noche. Recordó que las ventanas estaban abiertas. *Voy a prender un espiral.* La mano llegó al picaporte, pero no pudo accionarlo. Se agachó esquivando un golpe que no venía. Se rehizo contra el marco de la puerta y con una rapidez que no le pertenecía estaba junto al charco.

Se sacó la zapatilla izquierda. Hundió el dedo gordo, lentamente. Ahora el barro estaba frío. Era una sensación placentera. El murmullo de los dedos chapoteando en el barro lo hizo sonreír. Resonó una carcajada descomunal. Él tenía la boca abierta, pero no era su voz. Presintió a alguien moviéndose a su espalda. El pánico, como si fuera un brazo poderoso, lo dio vuelta de un tirón. Con gran celeridad, una y



---

otra vez, sus ojos escrutaron el lugar. Cuando comprobó que estaba solo, sólo él en el jardín, bajó la mirada y no encontró su pie. Retrocedió asqueado. Cayó sobre un cantero. Respiraba agitado. Del pecho le salía un chillido ronco, que no era el de sus conocidos ataques de asma.

Durante la noche soñó que se revolcaba en el charco. Gente que antes lo apreciaba, ahora le gritaba: "¡Inmundo!... ¡Asqueroso!". Él, inútilmente, estiraba la mano. La canilla estaba fuera de su alcance.

El domingo se despertó a las 12. Habitualmente se levantaba temprano, iba a misa de 8, y de regreso compraba el diario que leía mientras el carbón se quemaba. Pero esta vez se despertó a las 12 y le dolía la cabeza. Dejó la carne para asarla a la noche y cocinó fideos blancos con manteca. Terminó de comer. La vajilla sucia quedó en la pileta. Era la primera vez que se iba a dormir la siesta sin ordenar la cocina.

Se despertó a las 5, preparó el mate y salió al jardín. La tarde era apacible y se sintió animado. Sin embargo, lo ocurrido en la víspera se le presentaba a cada rato. El charco era un intruso que, furtivamente, había conseguido meterse por alguna grieta para quedarse con él.

Cortó unas rosas para poner en el florero del dormitorio. Mientras las acomodaba, comprobó con satisfacción que no había mirado el charco. Tampoco había dejado de pensar en él.

Volvió al jardín. Empujado por su propia voluntad o como si respondiera al llamado de un hábito invencible, se puso a regar. Poco antes de terminar, fingiendo distracción, se paró encima del charco y regó, por encima del cerco de ligustrina, las tres estacas de sauces plantadas en la vereda. Sus pies empezaron a hundirse en el barro. Lo atribuyó al peso de su cuerpo.

El charco le anegaba los tobillos. Pablo tuvo un temblor a lo largo de la espalda y alrededor del cuello. Experimentó, mientras duraba el temblor, una desconocida sensación de placer.

Un matrimonio vecino pasaba por la vereda. En medio de ese éxtasis, él creyó verse desnudo y cerró los ojos. "Adiós", dijo la pareja. Pablo saludó con la cabeza, pero no abrió los ojos.

Terminó de regar y enseguida se hizo de noche.

Caminaba por la casa y el barro seco de los pies se iba resquebrajando: el cascarón de un huevo que se abre para dar paso a una nueva criatura.

Una estela de tierra color marrón grisáceo iba desde la cocina al comedor y desde el comedor al baño y a la habitación.

No tenía hambre. Quería acostarse para pensar en el charco, evocar una y otra vez ese momento en el que experimentó esa nueva forma de placer. Deseaba acostarse rápido. En la cama, despierto, con los ojos cerrados, conseguía que la realidad se sometiera a sus sueños.

A veces se imaginaba que alguien lo observaba desde algún lugar del universo. Ese era el motivo por el cual dormía boca abajo abrazado a la almohada, o en posición fetal.

Esta vez, para no ensuciar las sábanas, se acostó boca arriba dejando que los pies colgaran fuera de la cama.



---

Durmió mal. Se despertó varias veces con las piernas acalambradas. Necesitó ir al baño a humedecerse los pies: el barro reseco le mordía la piel.

Se levantó a las 9 y dedicó parte de la mañana a las tareas de la casa. Evitaba mirarse los pies. Cada tanto los humedecía con un rociador para que no le tironeara tanto la piel. *Tengo que lavármelos*. Esa frase le repiqueteaba en la cabeza. Se demoraba preguntándose cuándo sería el momento justo para hacerlo.

El charco, como si tuviera vida propia, había ganado en profundidad. El sol con sus rayos implacables parecía querer secarlo. El charco se defendía emanando un vapor húmedo y pegajoso que le daba una apariencia insolente.

A la tarde Pablo no alteró su rutina de riego: primero las enredaderas (ahora no jugaba con las plantas de tallos débiles). El charco quedó para el final.

Pablo se hundía. Se habría seguido hundiendo, si en ese momento no hubieran llegado los vecinos que vivían a la vuelta.

-¿Qué estás haciendo?- preguntó el más flaco.

Pablo no tenía ganas de hablar.

-Estoy regando- dijo.

-No- agregó el más flaco, que se estiraba por encima del cerco para ver mejor -. Pregunto: ¿qué hacés con los pies metidos en el barro?.

Pablo, por primera vez en el día, miró hacia abajo. Tuvo vergüenza: no encontraba sus pies.

-¿Te ayudo?- preguntó el más flaco.

-¿A qué?- dijo el más gordo -. No tenemos tiempo. En todo caso volvemos mañana.

Pablo ni siquiera se atrevió a mirar cómo se alejaban. Molesto con sí mismo, salió del charco y lavó sus piernas con abundante agua. Se sintió bien pudiendo mover libremente los dedos de los pies. Los pisos de la casa no se ensuciaron. En la cama se reía solo y se estiraba como un gato.

A la madrugada hubo un temporal. Pablo corrió a cerrar los postigos. Un relámpago iluminó por un segundo la noche. Vio la violencia con que el viento sacudía los árboles. También pudo ver que el agua comenzaba a anegar el jardín.

Volvió a costarse. Ahora no podía dormirse. No dejaba de pensar en el charco. Calculaba qué grande y qué hondo se iba a poner con tanta lluvia.

Tres días después, Pablo no se apartaba de la ligustrina. Como el cerco lo ocultaba hasta la cintura, podía embarrarse en el charco sin que ningún vecino se diera cuenta.

Iba y venía a lo largo de la ligustrina con la manguera en la mano. Cada tanto se remojaba para que el barro no se secara: le causaba placer sentirlo sobre la piel.

Hacía ya tres días que no hablaba con nadie. Evitaba pensar; sólo le importaban las sensaciones que el barro era capaz de proporcionarle.

Esa tarde regresaron sus vecinos. El más gordo venía unos metros más adelante.



-Hola- dijo Pablo sin apartarse un centímetro de la ligustrina.

-Estamos apurados.

-Quién te pidió algo- le reprochó Pablo.

-¿Qué pasa?- preguntó el más flaco, que llegaba resoplando.

-No pasa nada- contestó el más gordo.

-El lugar está descuidado- dijo el más flaco -. Los yuyos están altos. Vos estás sin afeitarte y despeinado...

El más gordo tenía en los ojos un brillo voluptuoso que junto a su sonrisa fija lo hacía ver grotesco.

-Te tiraste al abandono, ¿eh, Pablito?.

-¿Qué es ese ruido que parece agua chorreando?- preguntó el más flaco.

-Estoy regando- dijo Pablo; en ese momento los ojos se le pusieron blancos.

-Entremos, se siente mal- dijo el más flaco.

-¡No!- gritó el más gordo -. No nos autorizó a pasar.

El más flaco retrocedió rengueando, tomó impulso y de un salto franqueó la ligustrina. El ojo que parecía un trépano bailoteaba enloquecido. Cuando con el otro ojo vio que Pablo estaba embarrado hasta la cintura, dijo:

-¡Dios!- y levantó los brazos al cielo.

-¡No me mires!- gritó Pablo, y tiró la manguera para poder cubrirse con las manos.

-¡Vamos!- dijo el más gordo -. Este lugar y este tipo apestan.

Pablo, fulminado por esa sentencia, cayó al suelo.

Despertó y ya era de noche. Sentía las piernas pesadas. El rocío no había podido humedecer el barro reseco que le producía un dolor punzante, como agujas interesándole la piel.

Sopló un viento fresco que lo despejó y le permitió sopesar la situación. Concibió una idea: ponerse de pie, agarrar la manguera y lavarse. Estaba débil. No pudo levantarse. Apoyándose sobre los antebrazos, irguió el torso. Abarcó el jardín desde otra perspectiva. La noche era sin luna. Buscó la manguera. La ubicó a unos metros, entre los yuyos.

El charco estaba ahí nomás. Si giraba como un tronco podía sumergirse.

*Tengo ganas de acostarme en mi cama entre sábans suaves y limpias...*

Empezó a arrastrarse, pero las piernas le pesaban como si fueran de mármol. *Mañana lo voy a tapar con arena. Lo juro.*

En media hora Pablo había conseguido avanzar 50 centímetros. Miró el charco que sí estaba a su alcance. *Prometo firmemente que voy a salir enseguida.... Siento nostalgias de mi jardín, de mis flores...*

Se dejó caer. Tanta era la debilidad, que no pudo controlar el peso del cuerpo. Parecía que el charco lo chupaba... O chupaba su voluntad.

Sometido al antojo del charco, tocó fondo.





---

*Puedo moverme. Un buen baño. Ropa limpia. No necesito más. Las sábanas deben estar frescas y suaves. Ya salgo. Por la posición que tiene La Cruz del Sur deben ser las 3. Mañana lo tapo con arena. En quince días la gramilla no va a dejar restos de él. Basta de hablar. ¡Afuera!... Antes podría sumergir la cabeza.*

Se veía un resplandor. Pablo se despertó y miró hacia el este. *Pronto va a salir el sol, aunque por la ubicación que tienen esas nubes tal vez el día se presente nublado.*

Entonces se quedó en el pozo la mañana y la tarde.

Al aparecer la primera estrella, dijo: "Hoy me fue bien. Dios me favoreció con un día nublado, pero sería necio pensar que mañana voy a obtener la misma gracia".

Apoyó los antebrazos en el borde. Levantó una pierna y también la dejó en el borde. La posición era incómoda. Bajó la pierna. Bostezó.

Despertó y era de noche. Le costaba abrir los ojos. El barro parecía un bloque de mármol sobre los párpados.

*Si el barro se seca y me cierra los ojos... No debo perder la visión. Tengo que sumergirme. Después sí ir a buscar la manguera.*

Se sumergió enteramente. Tocó el fondo. El barro estaba fresco y suave. *Como mis sábanas.* Se quedó ahí hasta que los pulmones lo empujaron hacia arriba.

Salió. El barro adherido a la ropa lo empujaba hacia abajo. A los tumbos dio dos, tres pasos. Se sentía animado. Una hiedra se enredó en su pie y quedó tendido entre los yuyos. La manguera estaba cerca. Se incorporó hasta quedar apoyado sobre las rodillas y las manos. Así, en cuatro patas, encaró la manguera.

Mientras se arrastraba el último metro, cruzó el cantero de las alegrías del hogar. Tenía la tierra reseca, partida. Los gajos vacíos y marrones. Los pétalos en el suelo. "Perdón", dijo, y lloró amargamente.

Lo despertó un trueno, pero no abrió los ojos. El barro, poco a poco, se endurecía y tomaba la forma de su cuerpo. Pablo intuyó que bajo esa capa de barro el tiempo y las fuerzas se terminaban. Se puso a buscar a tientas la manguera. Apuntó el chorro directamente a los ojos. El contacto con el agua fría le produjo rechazo. Después se acostumbró y dejó que, desde la nuca, fluyera como un manantial. Esa frescura lo hizo sonreír.

Con los sentidos despejados pudo reconocer el lugar. Ubicó la Cruz del Sur para tener una idea aproximada de la hora. Un relámpago iluminó el cielo.

Volvió a mojarse enteramente. *Todavía es temprano. Mis piernas y mis brazos no están entumecidos. Con la manguera cerca estoy seguro. Puedo sumergirme y lavarme todo lo que quiera.*

Estaba amaneciendo.

"Es probable que llueva", dijo, y se sumergió.

El sol estaba alto. Por el dolor, creyó tener la frente partida. *Igual que la tierra de los canteros.* A tientas buscó la manguera. Sus movimientos no eran tan seguros como en la madrugada. Tenía un



---

presentimiento. Las chicharras parecían atravesar las costras de barro que le sellaban las orejas y lo aturdían con sus pitidos largos y pesados. Suspiró aliviado. La manguera estaba en su lugar. La enfocó directo a los ojos: no salía agua.

Desconsolado, se sumergió en el charco y la presión en la cabeza cedió. Despejó el barro de los ojos. Nubarrones negros poblaban el cielo desde el oeste.

*Tengo que entrar. En la heladera hay agua.*

Abandonó el charco y encaró con decisión la puerta de la casa. Dio tres pasos. cayó fulminado por el sol del mediodía. Su mano se desprendió lentamente del picaporte.

-¡Pablo, Pablo!. ¿Estás ahí?- preguntó el más flaco desde la vereda.

*Sí. Ayúdenme.*

-¡Pablo!. ¿Me escuchás?- repitió el más flaco.

*Sí.*

-¿No es aquel que está cubierto de barro?- dijo el más gordo.

*Sí.*

-Entremos- dijo el más flaco -, se lo ve muy mal.

-¡No!- gritó el más gordo -. Le preguntamos y no nos contesta. Días atrás nos negó el paso, y ahora ni siquiera tiene la educación de contestarnos...

-Pero está muy mal- insistió el más flaco.

-Estoy de acuerdo en ayudarlo- dijo el más gordo -. Pero no nos pidió nada. Qué pasaría si lo ayudamos y después se enoja con nosotros porque no respetamos su libertad. Vamos; si nos necesita sabe donde encontrarnos.

"Voy a gritar", pensó Pablo, pero no pudo despegar los labios. Era como si los tuviese cosidos.

Así permaneció tres horas. El barro reseco le hacía crujir los huesos, y los calambres campeaban libremente en su cuerpo.

Confundió los truenos con el traqueteo del tren.

*Quiero ponerme de costado para dormir. Dormir en el tren como cuando era chico.*

Empezó a llover despacio. Gotas gruesas parecían cinceles de cristal golpeando el barro seco que, como una mortaja, envolvía a Pablo.

Al otro día amaneció despejado. La temperatura prometía ser agradable. La lluvia torrencial había aflojado el barro que inmovilizaba a Pablo. Ahora estaba limpio, duro y frío como una estatua de mármol.

**Jorge L. Sagrera.**  
**sagrerravilla@redsp.com.ar**  
**424419**



---

## Thauton, el dios escritor

Thauton es el dios escritor. Su tarea resulta ardua, acaso ingrata. Es una tarea de compaginación, no de creación: el Dios Creador piensa, imagina, sueña, y Thauton escribe en el Libro. Superada esa instancia, las nuevas criaturas, transitan de la Vacuidad al Jardín.

Varones, mujeres, innumerables especies animales, vegetales y minerales, aguardan que Thauton registre los legajos en el Libro para que sus rostros se iluminen y comiencen a ser.

El dios escritor asienta información como ésta: fecha de alta en el Jardín; nombre de la criatura; características físicas, químicas, sociológicas, espirituales según se trate de la especie humana, animal, vegetal o mineral.

Hay un renglón que se llama Paso (reservado al hombre), que refiere al encuentro, en el octavo día, de la criatura con el Dios Creador.

Transcurre el séptimo día. El Dios Creador descansa. El suspiro hacedor en el ocaso del sexto día rayó el infinito. El dios escritor es desbordado en la tarea. Las nuevas criaturas, estancadas en la Vacuidad, deambulan sin rostro. Esperan que sus legajos sean llevados al Libro.

El dios escritor presenta la dificultad al Consejo. Se le autoriza convocar a dos dioses (de la cuarta línea) para que apresuren la tarea.

Thauton dividió el trabajo en dos grupos (la prioridad era el hombre, a quien, el Dios creador, había confiado completar La Obra). Asignó a un dios los legajos de los varones; al otro, los legajos de las mujeres. En una segunda etapa abordarían el resto de las criaturas.

Los dioses trabajaban con eficacia. Thauton recorría la sala y aprobaba con su firma (firmaba ya sin revisar) el ingreso de las criaturas al Jardín.

Miles de años transcurrieron y los dioses de la cuarta línea comenzaron a mostrar signos de fatiga. Thauton escrutó la Vacuidad: quedaban unos pocos humanos esperando para entrar al Jardín. Thauton, sin consultar al Consejo, resolvió una pausa.

Cien años pasaron. Los dioses de la cuarta línea regresaron a las mesas de trabajo (acaso lo que sigue estaba escrito en otro Libro). Al momento del aviso de descanso habían quedado en el Libro dos legajos abiertos: uno correspondía a un varón, otro a una mujer. Animados por adentrarse en la segunda etapa de la tarea, la dar de alta en el Jardín a la especie animal, vegetal y mineral, los dioses no tuvieron en cuenta aquel desliz.

El dios encargado de los varones, tomó el legajo del granito y lo asentó en el Libro. Entonces, el legajo de aquel varón incompleto, ingresó al Jardín con una de las propiedades del granito: la extrema dureza. En el



---

otro lado de la mesa, el dios encargado de las mujeres, llenó el legajo de aquella mujer incompleta con las características de la culebra.

El error fue descubierto de inmediato. Pero la mutación se había operado veloz. En el Jardín se introdujo un acontecimiento nuevo, oscuro: la Muerte... El corazón del varón se endurece y deja de latir. La mujer agita la lengua y mata a su paso.

En el crepúsculo del séptimo día el Jardín revienta de cadáveres. El Dios Creador aún no fue notificado: Thauton confía en salvar su error.

Seudónimo: Un dios de cuarta.



---

## Un acto de fe

El martes fue un día gris. Estuve en el entierro de Felisa Constanzo. Velarla no hizo falta (tal como se sucedieron los hechos). En el cementerio, los del último adiós éramos seis. El empleado de la casa de sepelios, que se la pasaba consultando el reloj. El sacerdote, que rogó a Dios que la elevara al cielo por caminos floridos. Y tres empleados municipales, que la pusieron bajo tierra entre gusanos y un caño roto. Por razones obvias, su hijo Antonio no estaba.

La muerte de Felisa Constanzo no era demasiado sorprendente. Nuestra promoción ya anda rondando los 70 años. Lo sorprendente fue cómo murió.

Felisa había asistido a las primeras cenas de egresados; después dejó de ir y le perdimos el rastro. Esta vez cumplíamos cincuenta años desde nuestra graduación; pensé que era una buena oportunidad para volver a verlos a todos.

Pedro Garmendia, nuestro profesor de Lengua, se había ofrecido a darnos una clase para recordar aquellos tiempos. La materia no nos gustaba. Además, Pedro Garmendia era gangoso, pero era el único profesor que quedaba vivo.

En junio ya nos habíamos repartido las listas de compañeros; como todos los años, la rutina consistía en hacer un primer contacto en agosto. Luego, en octubre, se enviaba una tarjeta avisando día, lugar, hora y menú (últimamente venía siendo arroz integral con un churrasquito de lomo).

Promediaba setiembre y ni rastros de Felisa Constanzo. No quería darme por vencido. También (ahora lo veo claro), tenía la sensación de que ella quería que la encontrara. Entre nosotros hubo un corto noviazgo, y yo fantaseaba con la idea de un reencuentro. Muerta no estaba. Según nuestra costumbre con los casos difíciles, había verificado las actas de defunción del Registro Civil.

Una tarde de fin de setiembre, sonó el timbre. Era un ex compañero del colegio que estaba al tanto de mi desencuentro con Felisa. Había pasado el fin de semana en San Pedro.

-En la ruta de acceso- dijo -vi un cartel que decía: "Las margaritas de Felisa. Vivero de Antonio Gómez".

-¿Qué hay con eso?- dije -. En la provincia de Buenos Aires debe haber treinta mil Felisas.

-Acordate que a Felisa le gustaba llevar una margarita en el cabello.

Me acordaba. "Buen día", decía yo, "¿Quiere que la deshoje?". Ella me miraba por encima de los anteojos y sonreía. Claro que me acordaba. Pero aceptar la posibilidad de que "Las margaritas de Felisa" fuera el vivero del esposo de Felisa Constanzo no me hacía ninguna gracia.

-En la provincia de Buenos Aires- dije -debe haber, por lo menos, quinientas mujeres a las que les gustan las margaritas. No pienso ir - concluí.

El vivero no daba a la ruta. Se accedía por un camino vecinal. Anduve entre el polvaderal unos trescientos metros hasta que encontré a un muchacho injertando rosas. Le pregunté por Antonio Gómez.



El muchacho me miró un instante, se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa, volvió a mirarme y dijo:

-Don Antonio se quedó en la casa, curando un jazmín.

La casa, una construcción antigua, estaba quinientos metros más adelante. En el frente había un jardín bien arreglado. Me infundió ánimo ver, al pie de las ventanas, dos canteros con margaritas. *Buen día, Margarita*. En la puerta de entrada había un llamador de hierro, oxidado. En la cancel había un timbre (era extraño ver en el medio del campo una casa con timbre). Los vitraux de la cancel me reflejaron desaliñado. Arreglé el cabello con los dedos y acomodé el cuello de mi chomba. Toqué el timbre. Alguien salió de atrás de un jazmín con un pulverizador en la mano, se sacudió la ropa y encaró la puerta. Caminaba de costado, y miraba de reojo. Ese modo de andar me dio risa *más torcido que acacio bola sin tutor*. Pensé: acá lo voy a pasar fenómeno.

Abrió la cancel y caminó hasta la puerta de entrada.

-Hola- dijo, mientras se sacaba los guantes de goma.

-Hola- dije.

Me sentía como un peregrino que acaba de llegar a la Basílica de Luján.

-Qué se le anda ofreciendo, amigo.

-¿Acá es lo de Antonio Gómez?

-Sí.

-Disculpame- casi le dije: "Disculpame, hijo" -¿Acá... ?- me reí solo: la emoción -. ¿Acá vive Felisa Constanzo?- dije por fin.

Se le aflojaron las rodillas, como si le hubieran pegado con el canto de la mano en las coyunturas.

-Soy Antonio, su hijo- cerró a su espalda la cancel -. ¿Quién la busca?

-Fuimos compañeros del colegio- dije, enseñándole mis dientes nuevos, parejitos.

-Ah- dijo, secamente.

*¡Apa! ¿Y la hospitalidad del hombre de campo?*

Hice un chasquido con la lengua:

-Agua- dije.

-¿Agua?- estudió el cielo -. No, no va a llover- afirmó.

-Agua en un vaso, para tomar. Vengo de lejos, y la prótesis...

-Ah. Pase por acá- dijo señalando la puerta.

Me rodeó los hombros con su brazo izquierdo y abrió la cancel.

-Adelante - dijo.

Pensé: "Pibe, si no me soltás, nos hacemos un nudo". Él, nada. Seguía tirando para adelante. En el forcejeo se me enganchó un pasacinto en el picaporte y quedamos varados.

-Adelante- insistió.



---

-Me quedé enganchado- dije.

-Ah.

Puso la marcha atrás *reculando en la arena con ojotas* y volvimos de nuevo a la cancel. Pasamos.

Me indicó un sillón de mimbre en una amplia galería de relucientes baldosas ajedrezadas. La galería daba a un jardín. En el centro del jardín había una fuente de mármol rosa. Dos querubines de bronce tiraban agua por la boca. En el ala derecha de la casa se veían tres puertas (después supe que correspondían a la cocina, el comedor y la habitación de Antonio). Las paredes eran blancas como la nieve. Las aberturas, de medio punto, de un impecable verde inglés. *Gentlemen*. Me habían entrado unas ganas locas de ver a Felisa. *Qué buen marco para un cuadro de reencuentro. No veo a su esposo.*

-¡Ya voy con el agua!

Los gritos de Antonio me devolvieron al sillón de mimbre.

Hubo un silbido a mi espalda, como viento atravesando un pueblo deshabitado. Giré la cabeza. Vi por primera vez el ala izquierda... Parecía otra casa.

-Acá está el agua- dijo Antonio, poniéndome el vaso entre los labios.

-Está bien- dijo -, todavía puedo solo.

-No encuentro a mi madre- dijo.

-Ahh... está fresquita.

-¿Quién?

-El agua. ¿Me das otro vaso?

-En el jardín de adelante hay otra canilla.

Volvió a rodearme los hombros con su brazo.

-¿Ve?- dijo -. Aquella es la cocina.

-¿Cuál?- instintivamente, acaso por curiosidad miré el ala izquierda.

Primero me atezó el mentón con sus dedos y después hizo girar mi cabeza para el ala derecha.

-¡Aquella es la cocina, señor!- movía el índice como si fuera un pistón.

-Ajá- dije; pude haber dicho: ajó, ají o pepino en aceite; no entendía nada.

Antonio parecía feliz de despedirme. Asomado por la ventanilla del acompañante decía "Chau", abriendo y cerrando la mano.

Le entregué la tarjeta con la invitación.

-Decile que estuvo Bernardo.

-Adiós- dijo.

-Compañeros del colegio- dije a nadie; Antonio ya encaraba la cancel.

La humedad y Antonio me habían fatigado. Decidí pasar la noche en San Pedro. No podía dormir. El ventilador de techo giraba descentrado y molestaba bastante. Se volvió insoportable cuando en cada paleta que pasaba empecé a ver la cara de Antonio; era como contar ovejas en calesita. Giré para



---

un costado y tapé la cabeza con la almohada. Santo remedio. Ahora el ala izquierda de la casa se ensañaba conmigo. Pensé en las piernas de Felisa a los 17. Inútil: igual que Andy García con Al Pacino en "El Padrino III", Antonio y el ala izquierda de la casa desdibujaban las formidables curvas de Felisa.

Me desperté a las seis. Me bañé (unos toques de Acqua Velva) y salí para lo de los Gómez.

Antes de llamar, espí por los vidrios de colores de la cancel. Vi la galería. La fuente de mármol rosa con los querubines escupiendo agua hacia arriba. Vi la pérgola abrazada por la parra de uva chinche. Desde mi perspectiva no podía ver ninguna de las dos alas, sobre todo la izquierda, que tanto me interesaba.

Aplasté la nariz contra el vidrio, y tiré los ojos hacia la izquierda. Todo rojo. ¡Dios! Vi todo rojo. Horrorizado (aunque sin dolor), pensé en algo muy común en esta edad: desprendimiento de retina. Volví despacio la vista al frente: era Antonio; llevaba puesto un pulóver rojo. El color no era llamativo; lo llamativo era que hacía un calor de baño turco.

-¿No se escucha el llamador?- mentí.

- "La lluvia y el viento eran dos hermanos"- tararé -, "que pasando y pasando lo dejaron duro".

-Lo que es la erosión- dije no muy convencido.

-Qué milagro que todavía ande por acá.

-Quería despedirme de tu madre.

Bajó la mirada y murmuró algo. Sonamos, pensé: un hijo celoso.

-Pase- dijo, echando su brazo en mis hombros. *Hijo adoptivo, lo que tienes de raro, lo tienes de cariñoso.*

Nos sentamos en los sillones de mimbre de la galería. Deliberadamente orientó el mío hacia el jardín, de manera que nos encontrábamos de espaldas al ala izquierda.

Hablamos del jardín. De lo estupenda que me parecía la casa. La habían comprado con la plata del seguro.

-¿Así que tu padre falleció?

-Sí- dijo -. Hace treinta y siete años.

-Qué pena.

*¿Felisa estará tan linda como antes?*

-La vida es un flan- dijo.

-Sin duda- dije.

Recurrí a las clases de Lógica para resolver tan dulce metáfora. *Veamos. El azúcar quemado es duro, está en el fondo. Sin embargo...*

- "Si se mueve pampam". Hay que agarrarse de donde sea.

-Obvio- dije.

*Interesante muchacho. Tan interesante como una brújula enloquecida.*

-¿Tiene tiempo para unos mates?





-Sí, cómo no.

Entró en la cocina. Aproveché para mirar ese rincón misterioso: todo estaba como el día anterior. A la izquierda de la cancel, para quien entra, había... ¿cómo definirlo? Era un extraño límite. De ese límite hacia la derecha, las baldosas negras y blancas brillaban como estrellas en noche de luna nueva. El contraste de estas baldosas con sus hermanas del otro lado de la línea era sorprendente. La tierra y la suciedad que tenían encima deben haberse acumulado en años.

Me dio repugnancia una tela de araña viscosa que surgía de la habitación a través de un vidrio roto y que terminaba en un nudo, del tamaño de un puño, en el picaporte de la puerta.

-¿Amargo?- dijo una voz.

Antonio me alcanzaba el mate.

-Sí, sí, amargo- contesté.

*Basta Andy García, quiero ver a Al Pacino.*

-¿Felisa?

-Descansa en su habitación- dijo preocupado.

-¿Está enferma?

-No. Se cansa de no hacer nada- ahora parecía satisfecho de sí mismo -. La tengo como a una reina. Usted sabe, si no hay reina que reine, en los súbditos cunde el pánico.

-Claro, me imagino- dije sin entender de los cuernos de qué toro estábamos hablando.

Permanecimos un rato largo en silencio. El preguntaba:

-¿Está bien el agua?

-Sí, muy bien cebado- respondía yo (evoqué el nivel de las clases de Pedro Garmendia).

Cuando el mate se empezó a lavar y los palos flotaban sin gobierno, me animé:

-Tengo una curiosidad.

-Lo escucho - dijo, convidándome otro lavado.

-Ese rincón- señalé con el pulgar por encima de mi hombro-, ¿por qué está tan descuidado?- le devolví el mate.

Antonio achicó los ojos y miró el rincón como si fuera la primera vez que lo veía. Supe que no iba a contestarme.

-¿Todavía está bueno?- preguntó.

-¿Bueno qué?

-El mate. ¿Está bueno el mate?

-Pasable- dije.

-Más vale así- dio una chupada larga al mate vacío; la bombilla hizo ruido-. Suerte para mí- dijo.

-Provecho.

*Esta situación parece el cuento de la buena pipa, y este muchacho está del tomate.*



---

-¿Sabés una cosa? *¿Por qué no te hacés una ensalada con tu cabeza?* A tu madre le gustaba llevar una margarita en el pelo. "Buen día, Margarita", le decía yo. Ella, mirándome por encima de los anteojos, sonreía.

Antonio se llevó las manos a la cara.

-¿Te sentís mal?

-Es que escucharlo a usted decir eso...

-Te entiendo. Anoche no podía dormir. Entonces me puse a pensar...

-¡Yo también pienso en ella!- gritó.

*Carajo. Acá no se puede hablar de nada.* Estábamos tan cerca que compartíamos el mismo aliento a estómago lavado.

-Yo también pienso en ella- repitió, ahora imperturbable -. ¿O usted se cree que no pienso?

Tenía la mirada lejos. Apretó los brazos del sillón; un hueso o el mimbre crujió. Me levanté despacio y caminé hacia la puerta.

-Antonio, me voy- dije, con una mano en el picaporte de la cancel -. Me esperan en otro lugar.

-¡A guardar a guardar, cada cosa en su lugar!"...¿Conoce esta canción?

-Me suena- dije.

*Me suena a piano piano cada uno cuidando su quinta.*

-La cantábamos en la salita blanca mientras juntábamos los juguetes. Me la pasaba llorando. Usted sabe qué importantes son para un niño los primeros años de vida.

*Para un niño, para dos o para trescientos mil.*

-Mi padre acababa de morir atropellado por un tren tratando de evitar que un imprudente cruzara las vías con las barreras bajas.

-Guardabarrera- dije, y me volví a sentar; las vías siempre terminan en algún sitio.

-No- dijo él, mirándome de reojo -. No era guardabarrera. Le gustaba poner monedas en los rieles para que el tren las dejara chatitas.

-¿Chatitas?

-Chatitas- dijo -. Tuvieron que velarlo con el cajón cerrado porque no le había quedado cara, ni nada. Decían que era mi padre que estaba ahí adentro. Yo no lo vi. Todas las tardes sacaba el silloncito de mimbre a la vereda para esperarlo. . . Recuerdo una tarde, bien larga.

-Típico- dije -. De chico nos parece que las vacaciones, en vez de tres meses duran tres años.

-A los tres años empecé a ir al jardín de infantes. "No llores, Antoñito... Mirá, mamita está allá, en el patio de la arena". La señorita decía eso y yo dejaba de llorar. Me fui acostumbrando; levantaba la cabeza y veía a mi madre en ese rincón del patio. Ella me miraba por encima de los anteojos y sonreía. Así transcurrieron los días, lentos, felices. Mi lugar preferido era el arenero. Ahí armaba, le confieso que sin éxito, mi castillo de arena con la tranquilidad de saber que ella estaba mirándome.

Hizo silencio. Yo sentía la obligación de hacer algún comentario. Lo único que se me ocurría



---

era: "El ojo del amo engorda el ganado". No iba a decir eso. No tenía nada que ver.

-El ojo del amo engorda el ganado- dije.

-Bernardo, ¿usted cree en Dios?

-¿Eh?

*Este muchacho metió la cabeza en la licuadora.*

-Nada, deje. No importa. ¿Qué puede importar?

*Bien. Cambiemos de tema. Eso, ¿qué podemos importar?*

-Según comentan- dije -, importar naranjas a los Países Bajos...

-Lo que realmente importa, es que usted me vaya entendiendo. *Menos que a Pedro Garmendia.*

Fíjese (señaló la parra con el mentón; los ojos le brillaban como si los racimos se le hubieran fermentado en el estómago): es una parra centenaria. Digo, por el tamaño de los sarmientos.

*Lo único que sé de Sarmiento, es que era bastante cabezón.*

Un domingo en misa- continuó -escuché al sacerdote decir: "Yo soy la vid y ustedes los sarmientos; sin mí nada pueden hacer". Llegué a casa y abracé a mi madre. Yo lloraba desconsolado. Me decía a mí mismo una y otra vez: "Mamá nunca se va a morir. Mamá nunca se va a morir". Ella era como el vino. ¿Me sigue?

-Hasta que la muerte nos separe.

-Me dijo que creía en Dios?

*Ay hermano, vos estás rengo; por eso caminás en círculos.*

Dije:

-Sí, juro, digo creo.

-Dice que sí. ¿Acaso lo vio alguna vez?

Para tomar mi primera comunión tuve que responder al padre Bergantini las 103 preguntas del cuaderno *Plumita*. Más disparate era tener que contestar ahora la pregunta de Antonio.

-No- dije -. No lo he visto. Si me permitís, entraste en un terreno que domino bastante... - pensaba explicarle mi teoría sobre el diálogo de Dios con los hombres, pero Antonio me interrumpió.

-Usted cree sin ver- dije -. Eso se llama fe... Uno respira, piensa, proyecta. Se lo aseguro. Mucho se puede construir haciendo los cimientos sobre esa pequeña palabra: fe. (Llevó las rodillas al pecho y las abrazó; parecía que tenía frío.) Un día mi madre se enfermó. Mal de Chagas. Una enfermedad común por estos lados, pero a veces fatal. Yo estaba como loco. No cabía en ningún lugar. "Vos nunca te vas a morir. Vos nunca te vas a morir", le repetía dulcemente al oído. Porque yo soy muy dulce. Le grabé eso en la mente. ¿Usted cree en el poder de la mente?

-Por supuesto.

*Creo que estás demente.*

-Y se curó nomás. Grande era mi alegría. Pero ojo al piojo. No podía descuidarme ni un segundo. ¿Tuvo alguna vez de esos globos que se inflan con gas?



---

-Para qué te voy a contestar si no me dejás hablar.

-Yo sí. Rojo como punta de nariz en invierno. Agarraba fuerte el hilo, hacía fuerza hasta con los dientes. Pasó lo que tenía que pasar.

-Se reventó- arriesgué.

-Se me acalambraron los dedos... Terrible, la mano se abrió sola. El hilo se deslizaba despacito despacito hacia arriba, y yo sin poder hacer nada. Sólo mirar cómo el cielo se tragaba mi globito. Tuve en cuenta ese incidente para elaborar el plan.

La cosa se iba aclarando, como el agua del Riachuelo. Intuí que en el rincón olvidado estaba la clave del misterio. Me levanté disimuladamente.

Antonio siguió hablando.

-Ni bien la traje de la clínica- dijo -, la llevé a su dormitorio. "Vení, sentate acá", le dije. "Te traje estos libros, las agujas y el canasto con lana. ¿Qué tenés ganas de hacer?" "Tejer está bien", dijo ella. Al otro día, lo mismo: "¿Qué tenés ganas de hacer?" "Cualquier cosa, hijo". "No, decidí vos, mamá. Quiero verte muy feliz". Así pasaban los días, lentos, felices. Cada vez la hacía permanecer más tiempo en su habitación. La espiaba por el ojo de la cerradura. La sola contemplación era suficiente.

Antonio transpiraba.

Yo pensaba lo peor. Qué otra cosa podía pensar. Ojalá hubiera sido 28 de diciembre, y Felisa saliendo de la cocina gritando "¡Sorpresa! ¡Sorpresa!" Pero no, era 6 de octubre. Esquivando basura, maderas y vidrios rotos, me interné en el ala izquierda y enfilé derecho a la puerta, esa que tenía la telaraña anudada en el picaporte.

Había avanzado dos pasos, cuando Antonio gritó:

"¡Oh jojó!", y se levantó súbitamente del sillón. Me frené, perplejo. No esperaba semejante espíritu navideño.

-Un día le dije a mi madre: "Quiero perpetuar esta imagen: vos junto a la cama, tejiendo tranquilamente. Se te ve tan linda". Ella entendía lo más bien. "Claro, mi bebé", y sonreía por encima de los anteojos.

Antonio seguía hablando, ahora a los querubines. Avancé un paso. Pisé un vidrio; el crac retumbó en la galería. Antonio se sobresaltó, miró en todas direcciones, excepto hacia el rincón misterioso.

-¿Quién anda ahí?- dijo.

-Yo- contesté, duro como uno de los querubines de la fuente.

-Ah- dijo, y continuó hablando -. Programé un viaje a Corrientes. Quería enterarme acerca de unos invernáculos para morrones. "Vuelvo en una semana. En la canasta te dejé más ovillos de lana", le dije. "Sí, mi bebé, andá tranquilo", dijo ella. El viaje fue la prueba de fuego. Todas las veces que quise pude recrear la imagen de mi madre tejiendo junto a su cama. Y partí nomás hacia Corrientes, pero no me quedé una semana: me quedé dos meses.



---

Fueron las últimas palabras que escuché de Antonio. Regresó al sillón de mimbre y quedó con la mirada perdida en el jardín.

Yo había conseguido llegar hasta la puerta. La empujé con el pie, pero no se abrió. La sustancia viscosa que surgía de la habitación a través de un vidrio roto y que terminaba, con la forma de un puño, en el picaporte, no era una telaraña repugnante; era lo que quedaba del brazo de Felisa.

Entonces comprendí todo: en algún momento Felisa habrá sentido hambre, o deseos de ir al jardín. La puerta estaba cerrada. Tuvo que haber gritado hasta quedarse sin voz. ¿Quién iba a oírla?, sola en el medio del campo. Rompió el vidrio y habrá intentado abrir desde afuera. No pudo, pobrecita. Un infarto se apiadó de ella.

Volví a empujar la puerta. La mano se desprendió del picaporte y, como si fuera una babosa, se deslizó hasta juntarse con la otra que sostenía entre sus dedos un par de agujas y un tejido largo. Tal vez de color gris.



---

## Vida de perros

Buenos Aires, mayo de 2002

Querida tía: Espero que mi carta anterior no la haya preocupado. Sería lamentable interrumpir sus vacaciones por España. Quédese tranquila, yo, anímicamente, ando muy bien, y la paloma en cualquier momento se echa a volar. De las cortinitas para el ojo de buey hablamos a su regreso.

Tía, dicen que la distancia aleja, pero a mí me ocurre todo lo contrario. Me siento muy cerca suyo. Tengo tanto que agradecerle, tía. Nadie como usted sabe de mi largo peregrinar entre parientes y hospicios (Clínicas Dentales, como dice usted, al grupo del te de las cinco). Mi vida: un eterno Vía Crucis. Una existencia dura, solitaria... ¡Hasta que apareció usted, tía! Tomó con firmeza mi mano. Restituyó mi dignidad. Soy feliz yendo al supermercado; o haciendo la cola para pagar las boletas vencidas de Obras Sanitarias. Sí, por qué no confesarlo: también me gusta... pasear con Octavio.

No tengo palabras para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Y entonces, mientras usted vacaciona en España, cómo no ofrecerme para cuidar a Octavio, el departamento y las tan caras antigüedades. De todas maneras, para mí, se trataba de Liberación o Dependencia, la Clínica Dental ubicada en el barrio de Almagro.

Es cierto, es cierto; no voy a negarlo: en mi carta anterior le confesé que, durante los dos primeros días, me vi desbordado. Ya nomás, cuando volvíamos de Ezeiza, el chofer del taxi me retó a causa del mal comportamiento de Octavio. Lo agarré de la corbata (a Octavio) y lo mantuve cortito a mi lado. Pero, no bien entramos al departamento, el muy malandra zafó de mis brazos (se ve que algo venía carburando el animal) y la serigrafía del Picasso voló por el aire. La paloma quedó con un desgarró de pecho... ¡Imagínese, tía! Yo no sabía qué hacer. Corría para acá, corría para allá. Estaba desesperado, por eso le escribí.

Ahora todo está bajo control. Es verdad ese refrán que dice: "Cuando se cierra una puerta, se abre una ventana". (Creo que la versión original es: "Cuando se cierra una puerta y queda la llave puesta, se abre una puerta balcón"). Me gustan los refranes. Son como esos sillones mullidos en los que uno se sienta y el sillón lo sujeta a uno por los flancos y la retaguardia. Ve a (lea), por si a usted se le ocurre pensar que no tengo razón:

Ejemplo 1

- \* "Al que madruga, Dios lo ayuda".
- \* "No por mucho madrugar se amanece más temprano".

Ejemplo 2

- \* "El que pega primero pega dos veces".
- \* "No hay primera sin segunda" (con cierta aplicación a la Chacarera).



---

\* "La tercera es la vencida".

El departamento y sus más caras antigüedades han sufrido ligeros cambios de estado. "Nada se pierde todo se transforma". El agua puede convertirse en hielo y luego al fuego (note el juego) otra vez en agua. Los jarrones pueden convertirse en rompecabezas y luego en bonitos centros de mesa.

La serigrafía del Picasso ya está arreglada. Le puse un parche (*Mendafácil*, le dicen) en la parte de atrás. El pecho de la Paloma de la Paz quedó rasgado por la mitad, le da un toque romérico; y la ramita de olivo que lleva en el pico parece a punto de caerse, le da un toque bíblico. El resto quedó sin mácula.

Como le dije antes, mi vida ha sido muy dura. Golpe tras golpe: el último, a mi juicio, fue terrible. Imagínese, tía, caerme del balcón. En realidad no sé si me caí o me tiré (debe doler lo mismo). El doctor dijo que no lo recuerdo por la laguna. También dijo que menos mal que reboté en el toldo de la fiambrería.

En la clínica estuve internado tres días. Reaccioné presto a los estímulos (gracias a los vasitos de agua con los que usted me despierta a la mañana. "Desintoxica el organismo", teorizó una enfermera. "No, el agua no va por adentro", expliqué, "va por afuera: me refresca los ojos"). El doctor me preguntó nombre, apellido, dirección y número de documento (igualito que con los jugadores de fútbol cuando le pifian a la pelota y se cabecean las cabezas). ¡Ah!, una duda: ¿tengo obra social? Les mostré, el carné del club River Plate y se quedaron tranquilos. Me dieron el alta enseguida. Salí con un hambre de somalí. Le cuento: los dos primeros días estuve inconsciente, al tercer día hubo paro de personal. Tres días sin comer... ¡Una risa!

En el cuaderno que usted dejó para registrar los gastos, anoté el correspondiente al servicio de un cerrajero ¿Recuerda?: bajé por el balcón. La puerta quedó con la llave puesta. También vino el gordo de la fiambrería a cobrarme la reparación del toldo, y 250 gramos de jamón crudo que dice que usted le quedó debiendo.

Al departamento lo encontré en buen estado. Un poco de tierra, nomás, ya que, al salir por el balcón, no tuve el cuidado de cerrar la ventana. Intuyo qué está pensando. No se preocupe: no faltó nada. ¿Recuerda el jarrón de cerámica de la bisabuela Herminia? Sí, ese que tiene unos cazadores disparándole a unos patos. Era hermoso, ¿no? Comprendería muy bien su enojo con aquel que la privara de contemplar ese jarrón, legado de la bisabuela Herminia.

Mientras escribía la carta anterior, para enterarla de la tragedia de la paloma romérica, Octavio me mordía los tobillos. Rompió mis zoquetes *Ciudadela* de la misma forma que destruyó la serigrafía del Picasso que usted, orgullosa, ostentaba ante el grupo de las cinco. Como le decía, Octavio no me dejaba escribir tranquilo. Usted seguro se dio cuenta, porque el comienzo de la carta se asemejaba al resultado de un electrocardiograma. Harto de que me incara los colmillos en los tobillos (note el estribillo), lo arrastré hasta la despensita y cerré la puerta con llave. Usted dirá: "¡Pobre Octavio!, ¿por qué con llave?". Es que el muy pícaro era capaz de llegar al picaporte. Desde que usted se fue comenzó a saltar como un canguro



---

por todo el departamento, y yo iba detrás de él: parecía que estábamos en Australia.

Con Octavio en la despensita y los tobillos ardiendo pude terminar la carta. Apesadumbrado la llevé al correo. Atribulado regresé al departamento. Fui al balcón: me caí o me tiré... El recuerdo se disuelve en la laguna. ¿Comprende a dónde quiero llegar? ¿Tiene una imagen mental (dental para el grupo de las cinco) de cómo sucedieron los hechos?

¿Recuerda el jarrón de cerámica de su bisabuela Herminia? Comprendería muy bien su enojo si ese jarrón, que significa tanto para usted, llegara a estallar en mil pedazos.

Querida tía: debo decírselo ya, sin más giros inútiles, como tuerca en tornillo sin rosca.

Pensaba que era por el golpe que zumbaban mis oídos. No, no era por el golpe: era el malandra de Octavio que arañaba la puerta de la despensita (va a necesitar unas manos de pintura). No resultaba fácil tomar la decisión. Digo, la decisión de abrirle la puerta. Había que darse un tiempo para pensar. Pensar a dónde subirse; detrás de qué mueble esconderse, etc. Usted se preguntará: "¿Por qué dice estas cosas este muchacho?". ¿Por qué?, porque temía que Octavio reaccionara mal... y no me equivoqué. Tía: lamento decepcionarla, su perrito no era tan dócil como usted proclamaba. No bien abrí la puerta de la despensita, salió disparado a toda carrera. Ni siquiera un ladrido de agradecimiento, una fiestita... ¡Nada! (Ingrato). A toda carrera, un poco más y volaba. Bueno, se lo digo de una vez: Octavio se llevó por delante el jarrón de cerámica de la bisabuela Herminia.

¿Recuerda la distribución del departamento?. ¿Recuerda que la despensita y el balcón están en una misma línea? Desde la despensita se puede mirar hacia el balcón, escrutar el cielo y reflexionar: Hoy está lluvioso. No voy a recibir visitas: es un buen día para la ingesta de porotos.

Hay un refrán que dice: "Tiene siete vidas, como los gatos" ¿Usted lo cree?. Yo no, y menos aplicado a un perro.

Si hay algo que debemos reconocerle a Octavio, es su prolijidad para atravesar el vidrio de la puerta balcón: dejó un agujero perfecto, parece un ojo de buey. Con unas cortintias va a quedar muy lindo. Octavio no, el ojo de buey.

Bueno títa, para no demorarla más, ya que usted querrá darse unas vueltitas por los Pirineos, le comento que los pedazos del jarrón (salvo la cabeza de un pato que debe habérsela tragado Octavio en su hambruna carrera) los guardé en el cajón de la mesita de luz. Estoy seguro de que, a su regreso, usted podrá convertir la cacería del pato en un bonito centro de mesa.

Sin más que contarle me despido de usted quedando por aquí muy bien gracias a Dios.

Suyo, Joaquín.